

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*

C U E N T O S

♦

C R O N I C A S

♦

A R T I C U L O S

♦

R E P O R T A J E S

♦

MODAS, CINE, TEATRO,
INFORMACIONES, NOTAS

♦

DIBUJOS DE ARTECHE,
SANCHA, GUTXI, BILLIKEN

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L



"Máscaras", por José G. Solana. Grabado cedido por el autor a CIUDAD para propaganda del Baile de la Prensa.

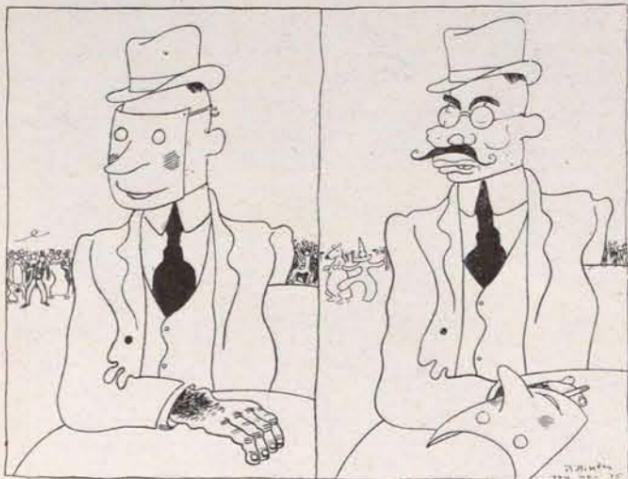
TODA ESPAÑA CONTRIBUYE AL ESPLENDOR
DEL
BAILE DE LA PRENSA

Mañana, 7, en "Coliseum"
Una fortuna en regalos

Contribuya usted también con su
presencia a la prosperidad de
la benemérita Asociación de
la Prensa de Madrid

Asista a esta maravillosa
y tradicional fiesta de
arte y belleza, orgullo
de la ciudad





Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

6 de Marzo de 1935

Núm. 11

SERRANO, un cuento de Joaquín Goyanes, ilustrado magníficamente por Gutxi. Prosa nueva y originalidad temática en estas páginas del joven escritor, que se incorpora a la colaboración de CIUDAD con este trabajo.

PRESCOT Y LA SOMBRA DE PRESCOT es otro relato, debido a la pluma de Luis Caro, joven escritor argentino residente en España desde hace varios años. Está escrito en el mismo estilo vivaz y rico de imagen que su JUGADOR DE AJEDREZ, publicado en estas columnas, con excelente acogida por parte de nuestros lectores.

CALDERON EN FRANCES es una crónica de nuestro redactor en París, Eduardo Avilés Ramírez, en la que nos informa de la acogida que el público francés prestó al gran clásico español en la versión de EL MEDICO DE SU HONRA

También de nuestra redacción en París es el delicioso artículo de Madeleine Millet, titulado A LA SEÑORA... PARA EL SEÑOR, en el que trata de las modas masculinas con el fino "sprit" que nuestra colaboradora suele hacerlo en las crónicas de su especialidad.

JARDINES DE ESPAÑA titula el ingeniero Alfredo Baeschlin su nota sobre el célebre jardín de Montforte, en Valencia. El Sr. Baeschlin es un técnico de reconocida capacidad en estos temas, y un artista en el esclarecimiento de los mismos.

RETAZOS son unos trozos de prosa autobiográfica del gran humorista gallego Alfonso R. Castelao—ilustrados con viñetas de Carlos Maside—a través de una traducción de E. B. A. Las características del gran escritor que, además de gran dibujante, es Castelao, están presentes en estos breves relatos, que conservan, a través de la difícil versión, su gracia original.

LA SEMANA



TIEMPO de ayuno y penitencia, hermanos. La primavera aconseja mal a la pobre naturaleza humana, y hay que ponerle un freno.

Para ayudarnos a pasar esta cuarentena que hoy empieza, ha desembarcado en Castro Urdiales doña Cuaresma. Su mensaje ha partido para todos los burgos interiores, donde don Carnaval acaba de armar terribles estropicios

estragando la tierra y haciendo muy gran [daño.

Este desembarco de la hosca dueña cuaresmal en el ilustre puerto de Castilla la Vieja aleje, hermanos, de vuestras mentes el pecado. Hace cientos de años que sobre aquella ribera fué lanzado el edicto contra la gula y el materialismo. Terrible lucha la de los dos elementos, el bien y el mal, el

espíritu y la materia. Terrible lucha glosada donosamente en recios y toscos versos por el Arcipreste de Hita, que localizó simbólicamente los reales de la Cuaresma en el puerto cantábrico: el cartel de desafío de la flaca Cuaresma contra el grasiento Carnaval fué:

dado en Castro d'Ordeales é en Burgos rescibido.

Orad, hermanos. Orad para que no caigáis en la tentación. No está mal que os hayáis divertido infantilmente, aunque no sea más que para seguir suministrando temas para sus cuadros a Solana. Pero son estos tiempos tiempos de penitencia. Doña Cuaresma preside nuestros días, y solamente se ha dignado, por bula especial, que me complazco en comunicaros, levantar su negro manto sobre un suceso que no ha habido manera de encuadrar fuera de su ámbito cronológico: el baile de la Asociación de la Prensa de Madrid. Doña Cuaresma hará penitencia por vosotros mientras asistís a esa admirable fiesta que contribuye a la prosperidad de una Institución mil veces benemérita. Además, el propio Arcipreste os dotará de doctrina para tranquilizar vuestra conciencia:

*Doctores más de ciento, en libros y cuestiones,
Con fuertes argumentos, con sutiles razones,
Tienen sobre estos casos diversas opiniones.*

Creo que los doctores de hogaño encontrarán en la generosidad una razón bastante para que la asistencia al baile de la Asociación de la Prensa se convierta en una obra buena que se anote en vuestro haber.

TERMINAMOS el Carnaval con discursos. Gil Robles, con escándalo de los que creen en serio que se ha operado en España un cambio de régimen para que todos los privilegios continúen en pie, ha roto nada menos que contra el dinero. Su discurso del Círculo de la Unión Mercantil ha sido un matasuegras que ha ido a dar en las narices del personaje más respetado de la nación: el Banco de España. Suponemos que hasta una docena de señores le habrán retirado la protección al joven caudillo salmantino, a quien nos imaginamos desolado. ¿Qué va a hacer Gil Robles con doce votos menos?

Don Alejandro Lerroux, que contempla desde lo alto de sus setenta años largos a su República acometida a dentelladas a diestro y a siniestro (por la derecha y por la iz-

quierda), ha pronunciado unas palabras generosas y paternales, que han caído como un óleo sobre el así llamado "embravecido mar" de la política. Quiera el cielo que a unos les sirvan de motivo de penitencia y a otros de norma de conducta. Este viejo español, forrado de español, tiene algunas cosas que perdonar todavía y muchas que enseñar. Dios le dé vida para ello.

EL lejano Cipango, viejo maestro en cortesías diplomáticas para con España, ha tenido un delicado detalle para Madrid: le manda unos plantones de cerezos. No es de ahora este intercambio de presentes entre el Oriente lejano y este estribo, el más occidental del viejo mundo. No hace muchos años que vinieron a nosotros las "naranjas de la China". Ahora vienen los cerezos del Japón, y permita el cielo que no convirtamos este regalo en una interjección despectiva, como el otro.

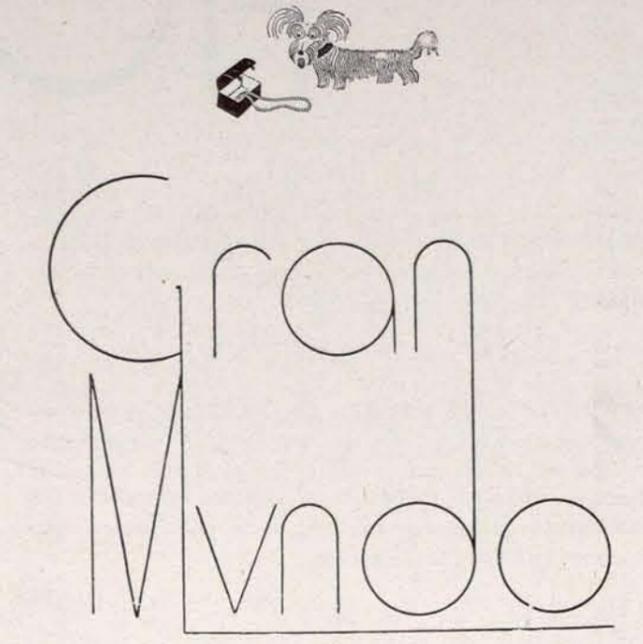
Por si acaso, avisamos a los pedigüeños, para que sepan qué querrán decirles cuando, a raíz de un sablazo, oigan a la víctima replicar:

—¡Cerezos del Japón!



SALVADOR de Madariaga, el español más popularizado por los lápices de los caricaturistas internacionales, ha publicado un libro que se titula *Anarquía y Jerarquía*. Se trata de un libro extraordinario, escrito con esa medida de pensamiento y esa elegancia de estilo que han hecho famoso al ilustre escritor. Se supone que este libro levantará los comentarios más contradictorios. Para los que no se resignan a contemplarnos a todos los españoles que gastamos pluma sometidos a una disciplina hosca y triste, asiática y resentida, el libro será abominable. Los que, ganados del "snob" internacional de los fascismos, empeñados en ponernos a todos en mangas de camisa, creerán que el libro es un engendro de un demócrata trasnochado.

Pero los que creemos aún, como unos benditos, que lo único que no se ha ensayado en España es la democracia auténtica, limpia, matizada de un indimitible sentido nacional, guardaremos este librito como un breviario del buen sentido y de la justa visión del porvenir de una gran democracia occidental que todavía tiene que hacer muchas cosas en el mundo. De una democracia que—roja o azul—no quiere andar en camisa, porque tiene una noble túnica, tejida con Historia, con Geografía y con sentido serio y elegante de la vida, para pasarse muy dignamente por el planeta y hacer oír su voz serena y cálida, llena de humanos acentos.



Ghunita Matesanz Carmen Butragueño Ramos



¡Caserón de Santa Isabel! ¡Viejo Hospital General, arca de tantos recuerdos de mis años mozos!

Por su claustros largos, fríos, conventuales, más fríos y más largos en esta mañana en que la escarcha de la aurora ha helado el verdor de tu jardincillo, camino guiado por la ley de un pasado que marcó en mi cabeza la plata de unas canas, que dicen, con ausencia de palabras, el espacio de tiempo sin retorno.

En este soliloquio de sensaciones, percibo al pasar los ayes del humano dolor, el respirar disneico y fatigoso de los enfermos, el vaho inconfundible de los medicamentos, el sonido metálico del *carro de cura*, el lento despertar preñado de incoherencias de los postanestesiados, jirones, en fin, de la vida hospitalaria, que trae a mi cerebro, en rápido film de hechos inolvidables, aroma de juventud y añoranzas de estudiantina.

Amplias escaleras hasta llegar al piso segundo. Sala 27, donde creo recordar, allá, en la parte mural correspondiente a las camas 19 y 20, el busto del Dr. Espina y Capo, aquel sabio internista organizador del primer servicio oficial de radiología de Madrid, médico ilustre, hombre de vasta y sólida cultura, conversador fácil y ameno, viajero infatigable, clínico experto y detallista, maestro respetado y querido por cuantos le rodeaban y conocían sus magníficas cualidades pedagógicas.

Efectivamente, en la citada sala 27, hoy a cargo del doctor Asúa, se halla la artística obra de Ortelles, en la que el cincel del escultor plasmó de maravillosa manera la efigie del sabio, cuyo busto *descansa* sobre una lápida, en la que leemos la siguiente inscripción: «En esta sala ejerció y dió sus enseñanzas sobre enfermedades del pecho el doctor D. Antonio Espina y Capo, desde el año 1872 al 1911.—20 de junio de 1922.»

BOSQUEJO INTIMO

—Ya sé a lo que vienes—me dice don Antonio apenas me acerco a su lado—. He leído en CIUDAD tus reportajes con Rubio, Ecnavente y Cajal, y me figuro que ahora me *toca a mí* someterme a los mandatos de las linotipias de esa maravillosa revista, tan amena e interesante.

Agradecemos, como es nuestra obligación, el preciado elogio, y confirmamos la creencia del maestro.

—Sí, don Antonio, y si usted es tan amable que acceda a mis deseos, CIUDAD honrará sus columnas con lo que su bondad quiera contar para sus lectores. Antes de entrar —continúo—, la vieja Hermanita que tuvo a usted como primer profesor me ha encargado le dedique «un elogio grande, como le merecía el hombre estudioso y recto que transcurrió su vida en un continuo bien hacer por sus enfermos.»

—¡Pobrecilla! ¡Todavía me recuerda con cariño!

—¿Y quién no, don Antonio?—respondemos—. La admiración y la celebridad sólo se logran con el saber y la justicia de los actos que se realizan; y usted, maestro, de justo y de sabio, ¡qué gran caudal poseía su prestigio!

El Dr. Espina deriva la charla por otros derroteros.

—¿Y tú crees—me dice—que mi vida puede tener algún interés a estas alturas?

—¡Maestro!

—Bueno, pues escucha lo que ahora retiene mi ya torpe y premiosa imaginación.

—Hable, don Antonio; para oírle he venido hasta aquí.

—Las nueve de la mañana—dice el maestro—. A esta hora, de modo invariable, pasaba la visita a aquella primera mitad de la sala once, detenidamente, sin perder un solo detalle de cuanto me rodeaba. Esa Hermana con quien tú has hablado me acompañaba. Recuerdo todavía el cartelón que mandé colocar en el arco más visible de la parte de la sala que me correspondía: «Se prohíbe fumar, escupir en el suelo, permanecer cubierto y estar más de tres personas alrededor de una cama.» ¡Si vieras con qué rigor llevaba a la práctica estas lógicas disposiciones!

—Usted tenía fama de mal genio—decimos sonriendo—, de no *pasar una...*

—Eso decían, pero te aseguro que no era cierto; lo que sucedía es que, espíritu justiciero y recto, no consentía ni las cosas mal hechas ni las desobediencias, y menos aún los embustes que pretendían justificar una falta.

CHARLAS MONUMENTALES

Ni en la paz de los sepulcros...

Por el DR. FERNANDEZ CUESTA

»Por esta razón, no permitía en las mesillas de los enfermos nada que yo no hubiese mandado o autorizado; si alguna cosa veía—alimentos no prescritos por mí, chucherías—, lo arrojaba en medio de la sala, no sin que la Hermana o el hospitalizado escapara de mi indignada *filípica*. Como tampoco consentía que los enfermos escupiesen sobre el pañuelo. Lo tenía rigurosa y severamente prohibido. Si, por olvido en el mandato, alguno lo hiciera y yo me daba cuenta, en el acto ordenaba quemarlo, aunque después regalase un par de pesetas para un pañuelo nuevo.

»Como supondrás, todas estas cosas que yo hacía eran

"ARTECHE", PINTOR



Nuestro ilustrador Cristóbal Arteché es también un pintor de grandes valores; sus óleos revelan una forma nueva en su arte y le consagran como uno de los artistas más completos de España. Aquí aparece pintando el retrato del ex ministro de Agricultura, D. Cirilo del Río, y que ha sido adquirido por el Estado.

las que me *daban* la fama de *hombre terrible* que yo tenía en esta casa. ¿Pero no eran todas consecuencias lógicas de un criterio higiénico en bien de los enfermos?

»Una vez—y te cuento esto para que veas que yo mismo sabía castigar mis propios arrebatos—me dió la Hermana una pastilla de jabón para lavarme las manos de marca distinta a la que yo usaba habitualmente; me hizo muy poca gracia el cambio, y, sin decir palabra, la arrojé al suelo. La *Sor*, más prudente que yo, no dijo ni palabra, pero mi acción, desde luego reprobable, transcurrió a la Hermana *cabeza de sala*, como entonces se llamaban, que me esperó a la salida de la visita para decirme: «Lo que usted acaba de hacer, don Antonio, no está bien, ni ha tenido razón para ello; su padre, con ser mucho más médico que usted, se lavó muchas veces las manos con jabón de fregar.» Y como la monja tenía sobrados motivos para decirme lo que me decía, aguanté la justa reprimenda, hecha en tono cariñoso y amable, y di a la Hermana toda clase de explicaciones.

»Esto te demostrará que, pese a la rigidez de mi carácter, jamás fui premioso en reconocer la sinrazón de mis reacciones.

»Di cuanto tuve a este hospital, tan mío en mis desvelos: trabajo, dinero, afanes, y de mis propios recursos creé un laboratorio de análisis y organicé después el departamento de Röntgenterapia, a raíz de las primeras aplicaciones de los rayos X.»

Y don Antonio, al hablar de *su* Hospital, pone en la parla una indisimulable emoción, que aumenta con el recuerdo de *aquellos* compañeros ilustres que trabajaron con él en bien de los pobres dolientes acogidos por la Beneficencia: ¡Huer-tas, Capdevila, Esquerdo, Campesino!...

APUNTE BIOGRAFICO

—¿Quiere usted decirme, don Antonio, algo de su vida profesional?

—¡Pero, nombre, por Dios! ¿más cosas aún?... Los pe-riodistas sois incansables.

»Verás. Dedicué especialmente mis actividades a las afecciones cardiopulmonares, y de manera singular, a la fisiología. Terminé la carrera en Madrid, con premio extraordinario, para obtener enseguida, después de reñidas oposiciones, una plaza en el Cuerpo de Sanidad Militar, a la que renuncié a poco de ingresar, por haber triunfado en los ejercicios convocados por la Corporación médica del Hospital General, a la cual pertencí hasta mi muerte.

»Puedes decir también que fui el primero que utilicé en España la tuberculina de Roberto Koch, cuando todavía se ignoraban los peligros de las dosis elevadas, y que, dedicado exclusivamente a las enfermedades del corazón y pulmones, mis modestos trabajos hallaron honrosa y excesiva recompensa en el año 1898, al ser llevado, como miembro de número, a la entonces Real Academia de Medicina. Acudí a Congresos, di un sinnfin de conferencias y fui designado no sé cuántas veces presidente de honor en muchos con-ferencias internacionales, en los que llevé la voz científica de España más allá de las fronteras y de los mares. ¡Momentos inolvidables en mis recuerdos!»

—¿Mucha labor de escritor, maestro?

—¡Incalculable, amigo! Recuerdo que en la *Revista de Medicina y Cirugía práctica*, que fundara aquel insigne pediatra que se apellidó Ulecía, publiqué diferentes trabajos clínicos y terapéuticos sobre muy distintos temas patológicos; la Academia me eligió su bibliotecario, y dejé escritas mis *Memorias*, obra en tres tomos con el título *Notas del viaje de mi vida*, en la que detalladamente relataba, con el mayor número de datos posibles, la vida médica, política y cultural de nuestra nación entre los años del setenta al novecientos.

—¿Ideología política, don Antonio?

—Liberal, por íntima convicción, toda mi vida. Mis arraigadas creencias me llevaron, mejor dicho, nos llevaron, pues mis dos hermanos, Pedro y Juan, también sufrieron las consecuencias de su ideario ampliamente democrático, a tener que ser víctimas de furibundas persecuciones, y los tres —te hablo del año ochenta y seis—logramos librarnos de la muerte refugiándonos en la Sierra de Cuenca hasta la publicación de la amnistía, que nos permitió reintegrarnos a nuestras tareas. ¡Tiempos de lucha, amigo! Pero de lucha noble por una idea; no estas batallas inconcebibles de ahora, que se pelea, más que por un deseo de reivindicación social, por servir los intereses particularísimos de minúsculos partidos llenos de envidias y de egoísmos.

»Da pena contemplar el panorama español—continúa don Antonio—, una enorme tristeza, un profundo dolor, ante la incompreensión de los muchos que pretenden llevarse tras sí la opinión, y confundir lastimosamente la libertad con el libertinaje y la democracia con la furia destructora. A mi recuerdo acude ahora un párafo del prólogo del primer tomo de mis *Memorias*, que parecía augurar los tiempos actuales, y es éste: «Y nosotros, firmes creyentes y entusiastas partidarios de todo género de progreso, pensamos en un mundo sin guerras, en una conciencia sin esbirros, en una libertad de pensamiento sin censura...»

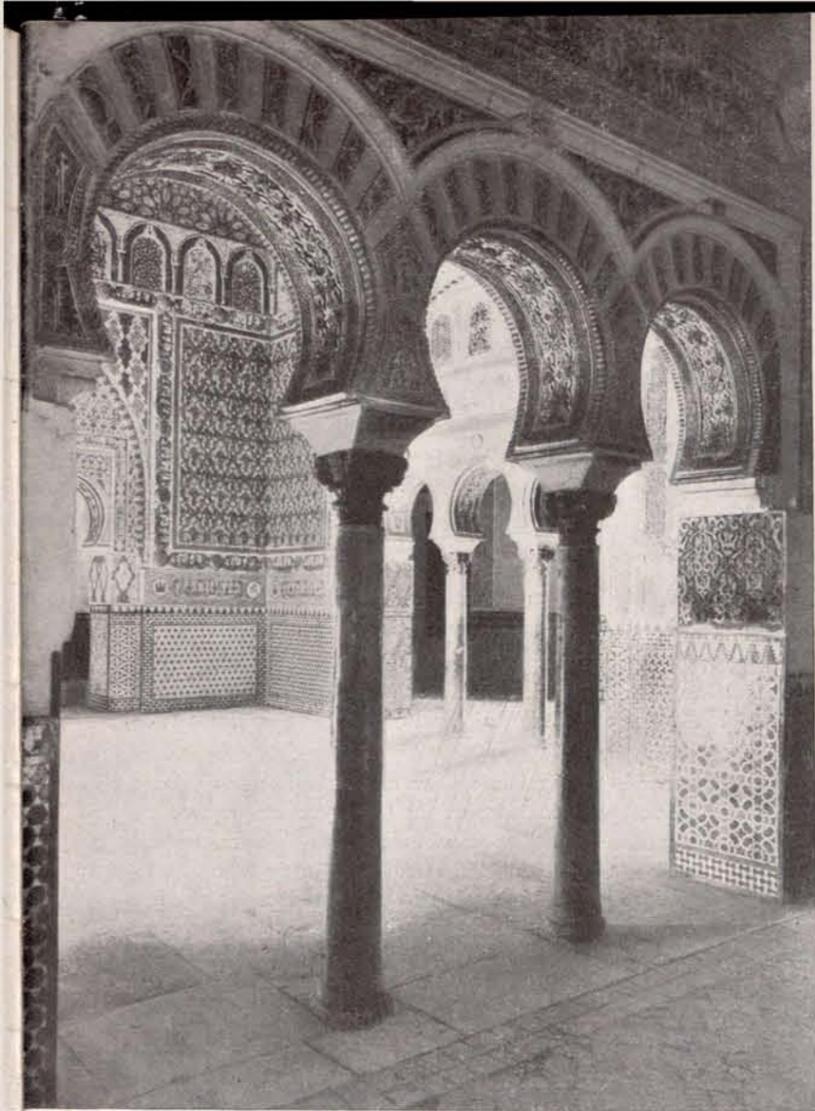
Tal era el espíritu del sabio médico a quien, ante la obra inanimada del artífice, rindo mi modesto tributo de veneración a su memoria.

Al contemplar su faz reproducida por el arte, a mi pensamiento llegan, en tropel admirativo, unas palabras de Gregorio Maraón que hacen referencia a este mismo busto que ahora, desde su sitio de la sala 27—¿por qué no la 11?—, nos despiere, cordial y cariñoso: «Su efigie perdurará en el ambiente dilecto, entre los enfermos resignados y dolientes, entre la bulla de los internos y la grave actividad de los médicos: en el medio, en suma, que amó con tanta intensidad y donde pasó, como tantos otros, las horas más serenas de su existencia.»

Allí, allí siempre.

TURISMO

TRES CIUDADES ANDALUZAS



SEVILLA. Alcázar.
Sala de Embajadores.



SEVILLA. Catedral
y torre de la Giralda.

SEVILLA:

«Quien no vió Sevilla, no vió maravilla», reza el refrán. No hay hipérbole en él, sino la expresión de un sentimiento que valora exactamente toda la opulenta síntesis de arte, de carácter, de tipismo, de luz, de color, de belleza multiforme; en suma, lo que hay en este nombre mágico: Sevilla:

Dotada de fisonomía y carácter singularísimos, Sevilla es de las ciudades que tienen más personalidad en todo el mundo, constituyendo, especialmente en primavera, un punto universal de atracción. Las calles y plazoletas de sus barrios típicos; las casas con sus rejas, patios y cancelas; los jardines y parques; la riqueza monumental; la abundancia de tradiciones y recuerdos de la más varia naturaleza; las peculiaridades de su vida, tanto en la ciudad como en el campo; la continua presencia de lo noblemente pintoresco, que en Sevilla no es sino la manifestación de un estilo propio, motivan una emoción sumamente rica por su contenido y única por su valor y significación.

Monumentos suntuosos. Tortuosas callejuelas de indecible poesía, en el barrio de Santa Cruz; obras de arte deslumbrantes en todos los órdenes de la inspiración humana; la maravilla de los jardines y de los patios floridos, dulces como oasis; emoción de leyendas y cromatismo de costumbres. Todo esto abunda hasta el derroche en Sevilla, y todo ello se funde en armoniosa síntesis de luz y colorido, de emoción y de ritmo.

CÓRDOBA:

La provincia de Córdoba—que viene a ser el antiguo reino de su nombre—, ennoblecida por los prestigios de su historia romana (en la que da a la civilización hispánica nombres como los de Lucano y Séneca), y por la pompa policroma del Califato, en cuya era llegó a ser Córdoba el centro cultural de su tiempo, es, en nuestros días, uno de los más finos exponentes del alma andaluza, tal vez por la fusión de estos dos elementos: romano y musulmán.

La capital, Córdoba, «la Sultana», es una de las ciudades españolas que mejor han conservado su sello de antigüedad y su carácter típico. Ciudad de silencio, que se remansa tras de

las afligranadas verjas de los patios floridos, en las estrechas callejas, blancas y luminosas, que las leyendas perfuman, y en rincones de poético patetismo, como el tan popular del Cristo de los Faroles. A cada paso surge la nota artística y evocadora, o el edificio—templo, palacio, convento—interesante y sugestivo.

El carácter y el aspecto de Córdoba son los de una ciudad netamente española. Más aún, andaluza. Es decir, pintoresco, alegre y melancólico a la vez. Ciudades en que cada piedra tiene su historia, cada barrio su tradición y cada esquina su leyenda. Poesía de siglos y de luz. Córdoba es blanca, estrecha y retorcida, aunque un reciente ensanche haya permitido la construcción de vías amplias y rectas. El resto de la ciudad conserva las notas típicas peculiares, y sus callejas árabes desembocan en plazas románticas de viejos palacios y conventos.

GRANADA:

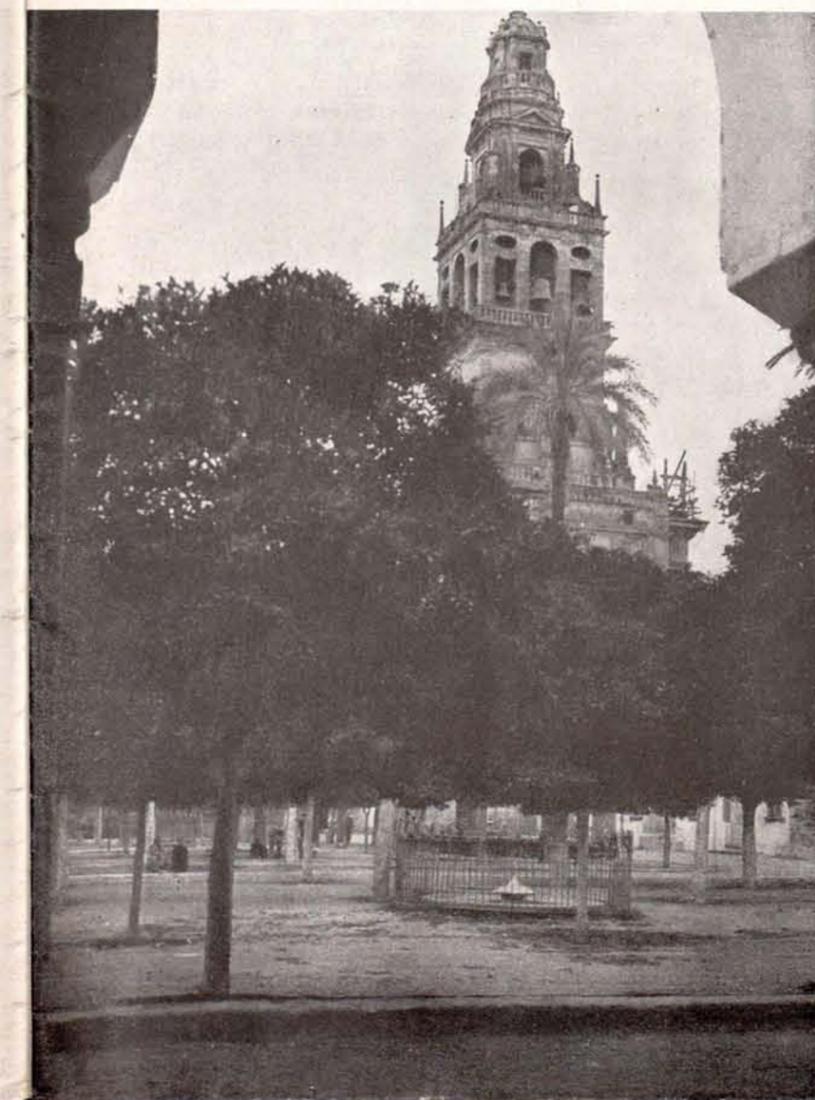
La variedad de perspectivas que domina, da a Granada el enorme y singular valor panorámico que la distingue del resto de las ciudades andaluzas. Esto, realzado por los encantos del cielo, la luz y la vegetación, y aumentado aún por las creaciones artísticas e históricas que encierra la ilustre ciudad granadina, otorgan a dicha ciudad un puesto señaladísimo en el turismo universal. En las estaciones intermedias, más aún, si cabe, en el otoño que en la primavera, es cuando Granada desarrolla sus atractivos con la máxima fuerza de seducción.

Situada la ciudad en una vega de tanta riqueza como hermosura, cruzada por los ríos Genil y Darro, de ilustre «abolengo fluvial» en nuestra historia, y extendida a los pies de Sierra Nevada, presta marco de admirables bellezas naturales a las de carácter histórico y artístico que atesora.

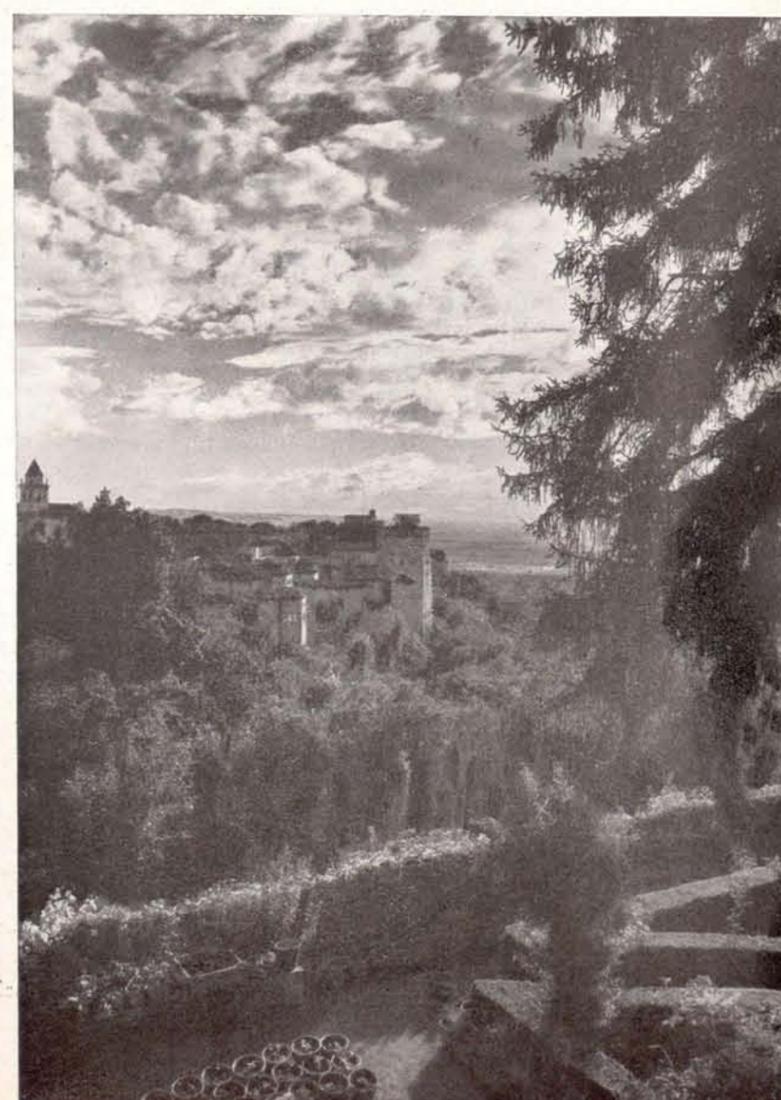
De la época árabe datan los monumentos que perfilan a Granada en el panorama universal como lugar de personalidad única. La Alhambra y el Generalife, sobre todo, alcázares, fortificaciones y jardines con que la inspiración oriental sublimó las colinas que se alzan sobre la ciudad. La Alhambra, propiamente dicha, es un conjunto de edificios—algunos de los cuales datan del siglo VIII—y de arboledas, que con su renovado verdor parece que vitalizan

las viejas piedras de singular valor arqueológico. La Alcazaba, con sus torres—la más famosa, la de la Vela—, fortificaciones y murallas, constituye el núcleo más antiguo del recinto alhambrense.

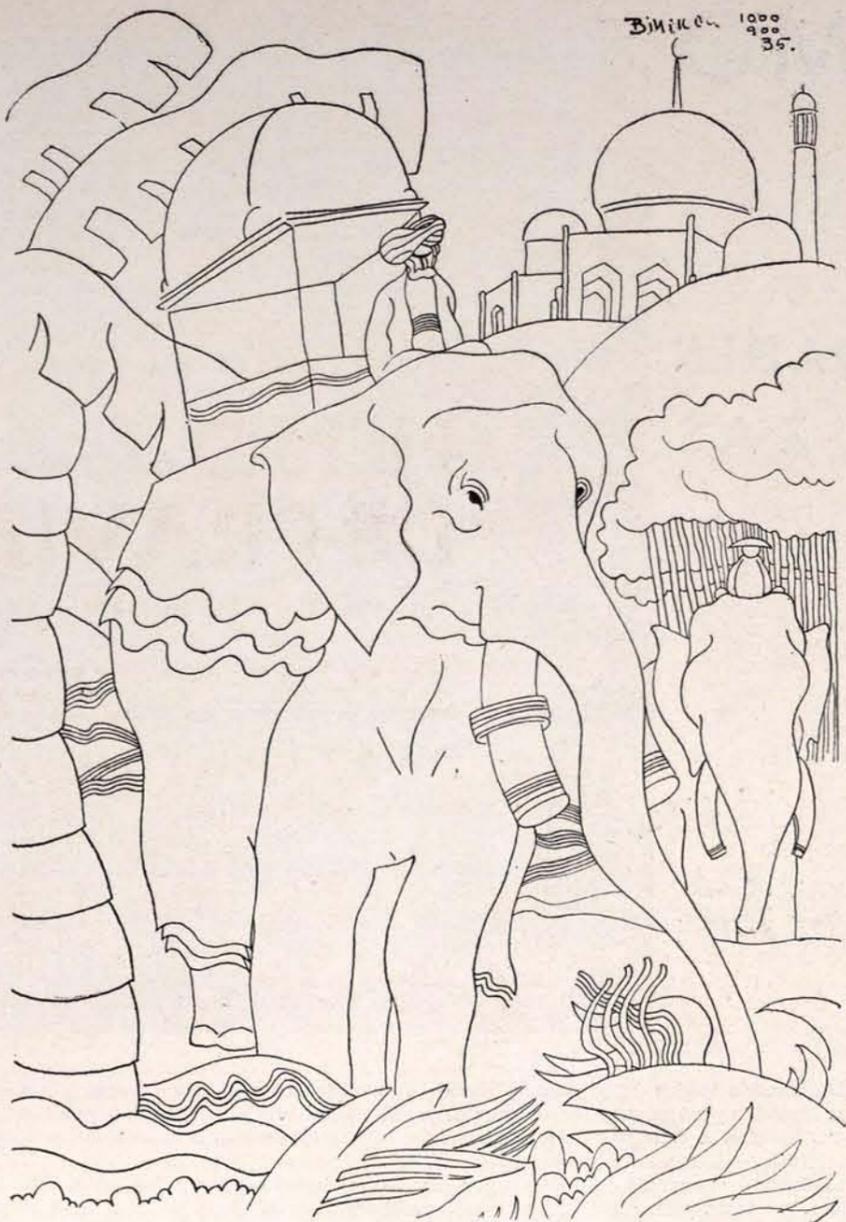
FOTOGRAFÍAS DEL P. N. T.



CÓRDOBA. Patio de los Naranjos y torre de la Mezquita.



GRANADA. Vista parcial de la Alhambra.



LA ISLA DE CRISTAL

LEYENDA ORIENTAL

TRADUCIDA POR MANUEL COELLO

Cuentan, entre la cosas que cuentan nuestros antepasados—pero el Omnipotente está mejor informado y es más perspicaz y más sabio—, que mucho más allá de las tierras y de los mares, del lado de las regiones de Sin y de Masin, y a su extremidad occidental, existe, entre los dos azules, una gran isla mágica. Y llaman a esta isla, en una lengua que nosotros desconocemos, la isla Wak-Wak. Pero los pocos navegantes que la han entrevisto en sus viajes la denominan la Isla de Cristal (Djazirat al Ballour).

Es en esta isla, prodigio y asombro de las regiones trasmarinas, y solamente allí fué donde la más Pura Felicidad eligió, por una sola vez, estancia sobre la superficie de la tierra. Allí el Sultán Amor reinó una sola vez sobre dos corazones.

Por cierto que en esa isla, los tigres mismos vivían en armonía con los animales y los seres humanos, y sólo abrían sus magníficas fauces, vírgenes de sangre, para bendecir al Creador de la belleza con la fórmula sagrada: "Allah ó Akbar."

Es también en esta Isla de Cristal donde los dueños de elefantes de batalla se paseaban sobre sus lomos, pertrechados no para precipitarse con frenesí en medio de la lucha y para aplastar los batallones enemigos, sino, sencillamente, para respirar el aire de las alturas, a la sombra de las sombrillas de brocado, succionando jugosas cañas de azúcar.

Es allí donde las adolescentes adorables se movían en el aire embalsamado por los efluvios de los canelos y de los cerezos, sobre los que se balanceaban pájaros de dulce gorjeo, al extremo de las lianas gigantes y de las ramas en flor.

Es allí donde los arcos de los puentes, sobre los ríos de ensueño, son de oro ibriciano; y los puentes mismos, de marfil y turquesa, no son jamás atravesados por los jinetes, para no estropear sus materiales preciosos. Prefieren cruzarlos a pie y abrevar sus caballos y elefantes con la leche y la miel que corren en abundancia por aquellos ríos encantados.

Es allí mismo donde los pabellones y los belvederes sirven de lugar de reposo a deliciosos fantasmas y donde las escaleras de pórfito y plata, que trepan por las montañas, no están allí más que para humanizar aquellos lugares divinos.

Es en esta isla de encantamiento donde vivía, en su esplendor de diamante, una adolescente luminosa, cuya belleza cubría con el velo de la vergüenza la luna llena del mes del Ramadán y cuya blancura inmaculada superaba la del jazmín.

Se llamaba Har katal Kouloub (Quemadora de Corazones). Y es justamente de esta reina de las gacelas de la que el poeta dijo:

"Hija etérea de las hadas, cuando se la ha visto una vez, es una fiesta para el observador.

"Adolescente de oro, en realidad: dos ojos babilónicos, mejillas de amapola, labios humillantes para la flor del granado, que, por su perfume natural, son corazón mismo de la rosa perfumada. Y su pequeña boca, una golosina.

"Es para ella que el soberano ruiseñor nocturno, en las ramas del sombrío ciprés, tiene, invisible, sus citas de amor; y modula, improvisando, más de setenta canciones en lenguaje rimado."

Por todo esto una tan maravillosa adolescente no podía tener por esposo más que un hijo de reyes, descendiente de siete generaciones de reyes.

Y por eso el rey de la Isla de Cristal, después de la petición de matrimonio, y después de enviarla suntuosos regalos de boda, hizo celebrar sus esponsales con gran pompa. Y una vez las ceremonias terminadas según el protocolo de los reyes, y acabadas las bendiciones y felicitaciones, condujeron a palacio a la nueva esposa, ídolo de oro en su palanquín, seguida de un gran cortejo.

Todo se hizo. Pero, en realidad, los padres de la adolescente maravillosa no habían olvidado más que un solo detalle, que era, aun cuando las leyes no hiciesen de ello una obligación, el pedir el consentimiento de la desposada.

Y por eso, cuando el rey penetró en el aposento del Misterio, a la hora fijada por el cuadrante del Destino, y vió lo que vió, palideció y sintió cerrarse los abanicos de su corazón. Y su pecho llegó al límite de la opresión y del descorazonamiento.

En efecto, en lugar de encontrar la milagrosa esposa en el colmo de la alegría, la vió tendida y llorando sobre los cojines, poseída de la mayor amargura. Pero como era de carácter magnánimo, se aproximó a ella con gran dulzura, pensando: "No es de extrañar. Si llora de ese modo, no hace más que lo de rigor en todas las jóvenes bien educadas que abandonan su hogar y su madre por primera vez. Felizmente, el dulce bálsamo de las palabras bien sentidas alivia los corazones oprimidos." E inclinándose tiernamente sobre la joven frente aureolada, dijo:

—Quemadura de Corazones, por la verdad de tus gracias, dime, ¿por qué estropeas así el resplandor de tus ojos mágicos? ¿Y qué dolor te sobrecoge para olvidar de este modo la presencia del que su destino feliz conduce hasta tus pies encantadores?

Pero la doliente doncella, al oír estas palabras, dejó correr sus lágrimas con mayor amargura y escondió por completo su rostro entre las manos.

Y el rey dijo:

—Dueña de mi corazón, si tu llanto es debido a la ausencia de tu madre, dímelo y yo mismo iré a buscarla, y no te abandonará nunca más.

Pero como movía la cabeza llorando con mayor desconsuelo, el rey añadió:

—¿Lloras tal vez por que te acuerdas de tu nodriza, o de tu gacela, o de tu gato, o de tu pájaro favorito? Contéstame, y al momento iré yo mismo a buscar todo lo que desees.

Y al no conseguir más que un signo negativo de la sollozante esposa, se decidió a sentarse un momento sobre el tapiz de la reflexión y acabó por decir:

—Por tu vida, creo que la pena que te acongoja es el sentimiento de verte alejada de la casa de tu infancia. Pero yo, si consientes levantarte, te juro por tu frente estrellada que iré a vivir contigo en la casa de tu niñez y te serviré yo solo con mis ojos.

Cuando la adolescente, llorosa, hubo escuchado todas estas palabras de abnegación del rey, su esposo, su alma se sintió un poco consolada y pudo, al fin, responder:

—Mi señor rey, no lloro por mi madre, ni por mi nodriza, ni por mis animales familiares, ni por la casa de mi infancia. Lloro sólo por mí misma, herida y ya muerta.

Y el rey, en el límite de la emoción, dijo:

—Corona de adolescentes, ahora veo que tu dolor es causado por la aversión que sientes hacia el esposo que el Destino te ha procurado.

Pero ella contestó con viveza:

—Por tu vida preciosa, oh Rey del tiempo, alejado sea un motivo semejante del pensamiento de tu humilde sierva. Pero te suplico, por tu mano derecha, que no me obligues a revelar un secreto del que mi alma no es la única depositaria.

Sin embargo, ante la continua súplica del Rey, rogándole aclaraciones, la adolescente habló y dijo:

—Has de saber, rey del tiempo, que la causa de mis lágrimas y el deseo de morir no es otro que el sultán Amor. El Amor, rey mío, es esa planta cuyas raíces sólo arraigan en la pulpa de nuestro corazón, y para arrancarlas sería preciso arrancar todo nuestro corazón. Y yo, tu esclava, rey magnánimo, desde los primeros días de mi infancia tengo el corazón preso en la pulpa del corazón de alguien que sólo es príncipe por sus sentimientos. Como el ángel Harout, su belleza no se descubre ante los ojos que sólo ven lo aparente y toda su riqueza consiste en una brasa encerrada en su pecho. Y es una brasa cuyo fuego sólo se enciende hacia el interior y su luz es sólo visible a los ojos cuya vista es independiente de la visión. Y la llama de esa brasa es inextinguible, porque se alimenta del manantial que corre al pie del Arbol de la vida. Y la mansión de este dueño de la llama inmortal es una cabaña que no tiene una sola ventana al exterior. Y aun cuando esté totalmente vacía esta cabaña, su dueño es el poseedor de todos los tesoros de los antiguos reyes, de las dinastías de Khitaïen, de Khosrou y de Ardechir; y es el dueño de la Copa de D'jem y del Espejo de Alejandro. Y es el testimonio vivo del sultán Amor, y vive en mí y yo vivo en él, los dos fundidos en el Amor. Y si nuestros cuerpos cambiasen de condición por un solo momento, nuestras cenizas, por el hecho del Amor, estarían tan calientes, que resurgiríamos de ellas eternizados como el Fénix y como la Rosa.

Cuando el rey hubo escuchado estas palabras, comprendió, por iluminación, el sentido aparente y el sentido interno. Y de pronto se alzó sobre sus pies y cayó prosternado a los pies de la Adolescente sagrada. Y permaneció así un momento en el éxtasis de los ángeles, fuera del tiempo y del lugar, con su corazón a los pies de la Adolescente, convertido en un incensario humeante.

Y cuando volvió de su éxtasis, dijo:

—Levántate, esposa mía, de un sueño de momento. Tranquiliza tu alma querida

y refresca tus ojos. Pues, ¿dónde está el humano tan insensato que quiera luchar con el sultán Amor? Pero yo, libertándote de la ligadura de mis derechos, te adopto en este mismo instante por hija de mi carne y de mi sangre. Y te nombro mi heredera, en vida y para después de mi muerte, sobre mi trono y sobre mi reino.

—Levántate y ve sin tardar hacia el que te verá llegar como se verían los que salen de las cavernas de la muerte.”

Y cuando hubo así hablado, el rey tomó dulcemente la mano de la Adolescente adorada, su esposa de un momento, y la condujo hacia la puerta secreta de los jardines. Y al abrir la puerta para inclinarse y dejarla pasar, la Adolescente posó sus labios con fervor sobre su mano, regándola con sus lágrimas. Y él mismo, inclinándose hasta el suelo, besó el borde de su vestido de desposada.

Cuando la Adolescente nocturna llegó ante la cabaña, cuya sola salida al exterior era una puerta tan estrecha y exigua que sólo un cuerpo glorioso hubiera podido deslizarse a través de su abertura, oyó, en el silencio de la aurora, soñar en el interior al que la lloraba como se llora a los muertos.

Y ella llamó a la puerta. Y la voz preguntó desde el interior:

—¿Quién llama?

Ella contestó:

—¡Soy yo!

Entonces reinó un gran silencio.

Y hasta los árboles cesaron en su murmullo y no dejaron oír las primeras notas de los pájaros cantores.

Pero la voz no respondió desde el interior.

Y la puerta exigua no se abrió.

Entonces la Adolescente se cubrió con el velo de la meditación. Y sin una queja, sin un suspiro, se tendió en el suelo junto a la puerta.

Y toda la noche y todo el día permaneció tendida, con la cabeza hundida en el velo de la meditación. Y maduraba así en su corazón la noción esencial del Amor, que quiere que los “privilegiados del Amor mueran primero por completo para sí mismos” antes de presentarse ante el sultán Amor.

Y decidida ya a penetrar por la puerta, se levantó y se dirigió primeramente al río para hacer sus abluciones. Luego, con paso seguro, volvió hacia la cabaña y llamó a la puerta.

Y la voz del interior preguntó:

—¿Quién llama?

Y la Adolescente, esta vez, dijo:

—Eres tú.

Y la puerta se abrió sola.

Y el final es el misterio de los Privilegiados por el Amor.

D I B U J O D E B I L L I K E N



... ahora el jabón HENO DE PRAVIA

de la Perfumería Gal

Completa el bienestar que la ducha proporciona: deja los poros limpios, suaviza el cutis con su deliciosa espuma y lo perfuma con su aroma inconfundible.

PASTILLA, 1,30

CON EL MEDICO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Lo que deben comer los niños

Estrecha e incompleta sería la enseñanza de la Pediatría si sólo se propusiera como fin el estudio de las enfermedades infantiles.

HUTINEL.

De los muchos problemas que la crianza infantil plantea al estudio médico y a las preocupaciones, dudas e inquietudes de los padres, ninguno más interesante que el de la alimentación, llegada la hora, o, mejor dicho, cuando surge la edad en que la leche como único alimento es insuficiente para fomentar el fisiológico desarrollo del pequeño.

El niño nace con un aparato digestivo imperfectamente desarrollado, tanto, que varios de sus órganos importantes son casi rudimentarios. Con tan defectuosa maquinaria tiene que elaborar y transformar las sustancias alimenticias indispensables, no sólo para el sostenimiento de su vida, sino igualmente para su crecimiento. Ahora bien: este crecimiento ha de ser rápido; no puede el niño en momento alguno detenerse en su desarrollo; si no aumenta, pierde; si no progresa, retrocede, y no le es posible retroceder por espacio de mucho tiempo, pues no tardarían en agotarse sus naturales reservas.

No porque el niño haya tenido una época lactante perfecta puede y debe concedérsele amplia autorización para *comer de todo*, frase vulgar y hartó repetida cuando los papás quieren mostrar con orgullo la resistencia y capacidad gástricas del *bebé*. Equivocación funesta, práctica lamentable, etiología de gravísimos trastornos que influyen de manera principalísima en el crecimiento y causa predisponente de muchos estados de raquitismo, origen de afecciones típicamente escrofulosas, cuando no de fimas intestinales de trágicas derivaciones.

Durante la infancia se siente el hambre con más frecuencia que en la edad adulta, por lo que los niños han de hacer mayor número de comidas y, sobre todo, con riguroso y severo régimen horario.

Es fácil comprender que en este orden no pueden, de antemano, fijarse reglas exactas y concretas, pues no se podrá tratar lo mismo a un niño inapetente que a un glotón, ni a un enfermito por transgresiones alimenticias anteriores que a otro que se encuentre en perfecto estado de salud.

Salvo los casos particulares, que resolverá el pediatra o médico especializado, aparte todo aquello que requiera, por su índole orgánica o patológica, un cuidado exclusivo o reglas características, el sistema de alimentación de un niño que nos parece más adecuado en la primera infancia es el que a continuación exponemos, sin pretensión, ¡librenos Dios!, de sentar cátedra ni asomo de infalibilidad. ¡No faltaría más!

citar aquí ninguna—; al año, añadir una yema de huevo; a los quince meses, arroz hervido, patatas cocidas; a los dieciocho, pescados blancos, y a los dos años, algo de carne de ternera, costillas, sesos, compotas...

Cuando se ha llevado a cabo el destete con arreglo a las reglas que ordena la higiene, es decir, en el supuesto que aquél se haya verificado con toda normalidad, se empezará a disminuir la cantidad de leche, porque si la ingestión de ésta tiene lugar en gran abundancia, puede producirse en el niño una enfermedad, descrita por Guiam, que se caracteriza por dilatación de estómago, infarto de hígado y estreñimiento, todo lo cual produce en el chiquillo grandes dolores intestinales.

De los dieciocho a los veinticuatro meses se empezará a *dar caldo*, que ha de estar compuesto, para que reúna los principios calorimétricos suficientes, a base de sustancias poco grasas y administrado en forma de sopa, con aditamento de una pasta suave y nutritiva: sémola, tapioca, etc.

Se pueden dar también, en este período, legumbres—en forma de purés bien cocidos— y quesos blandos y frescos. Como decimos antes, al final de este período—a los dos años—, el niño podrá comer—con tino y precaución—pequeñas cantidades de carne blanca; al cabo de quince o veinte días de tanteo, se puede dar ya, sin interrupción, sesos de cordero, carne de pollo, alternando con pescado blanco ¡exento de espinas!, y legumbres, tan ricas en potasa, hierro y ácidos vegetales.

Pasada esta edad, se irá aumentando progresivamente la alimentación, según las disposiciones gástricas de las criaturas. De los tres a los seis años, el médico tropezará con su mayor enemigo, que le ha de perseguir implacable en el transcurso de su ejercicio: la rémora familiar para obedecer sus mandatos. En esta fase de la edad infantil, los chicos *comen ya de todo*, y ¡quién se detiene a meditar en antiguallas de higiene cuando el chiquillo *digiere piedras!*



Son los padres—conviene insistir en lo que tanta importancia tiene—los primeros que quebrantan la autoridad del médico y hacen que el pequeño coma casi siempre alimentos por completo inadecuados a sus tolerancias orgánicas, en excesiva cantidad y sin guardar entre comida y comida las necesarias pausas u obligados intervalos que exige el acto digestivo, lo que es causante, a más de serle perjudicial para el fisiologismo de la digestión, de la privación del básico y fundamental factor necesario para que el niño coma bien: sencillamente, tener apetito.

El período de los seis a ocho años hasta la pubertad no implica variación alguna más que en lo relativo a la cantidad. Debe ser ésta la única alteración. Prohibiremos, sí, las bebidas espirituosas, el vino, etc.

Y deliberadamente he huído en estas rápidas notas de divulgación de los fundamentos calorimétricos, jalón de los índices alimenticios de cada sustancia en particular. Capítulos son éstos—extensos y prolijos—que nos llevarían muy lejos de nuestra modesta pretensión consejera, objeto de las líneas precedentes, que procuran en todo momento no salirse de la órbita preconcebida de su mínima aspiración divulgadora.

No se olvide, sin embargo, que, durante la vida, la higiene alimenticia se impone para la conservación de la salud y preservación de gran número de enfermedades. En ningún período aparece tan evidente su necesidad como en la época de la infancia. Una alimentación bien reglamentada es condición esencial de un crecimiento normal; una alimentación defectuosa determina trastornos cuya variedad e importancia nos demuestran de continuo las múltiples afecciones que padecen los niños, debidas exclusivamente a estos trascendentales inconvenientes de nutrición que *tocamos* a diario.

Hasta el momento en que el cuerpo, llegado a la edad adulta, ha adquirido relativa fijeza, el organismo se desarrolla de continuo en fases de rapidez y períodos de lentitud. Este es uno de los motivos más característicos que obligan a determinar estas reglas higiénicas que tan a brochazos señalamos.

En nuestro deber las líneas que a vuela pluma trazamos son para advertencia de quienes deban estar pronto a recoger de ellas lo que pueda serles de práctica utilidad.

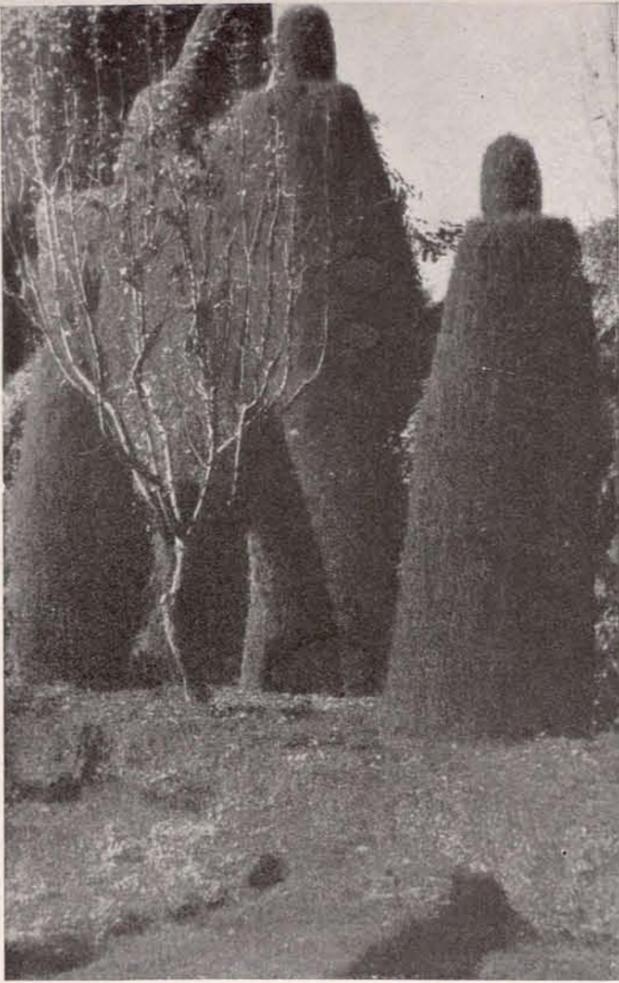
Porque, desde luego, es axiomático que el niño que resiste todas las barbaridades que sus padres, parientes y amigos oficiosos hacen con su estómago, es un *veterano* capaz de digerir *cemento armado*. Evidente. Pero no se olvide, y téngase muy en cuenta, que el porcentaje de defunción en la primera infancia por transgresiones alimenticias es enorme y cada vez va en más aumento.

Ello obedece a que son muchos más, ¡muchísimos más! Es que, desgraciadamente, no admiten ese absurdo *comer de todo* que tan a los cuatro vientos de una satisfacción ilimitada lanzan, llenos de júbilo, los felices y optimistas papás.

Y los médicos podíamos decir *algo* de esto.

Para nuestro infortunio.

A los diez meses, y según su desarrollo dentario, se podrá dar una ligera papilla de harina—hay muchas, y no he de



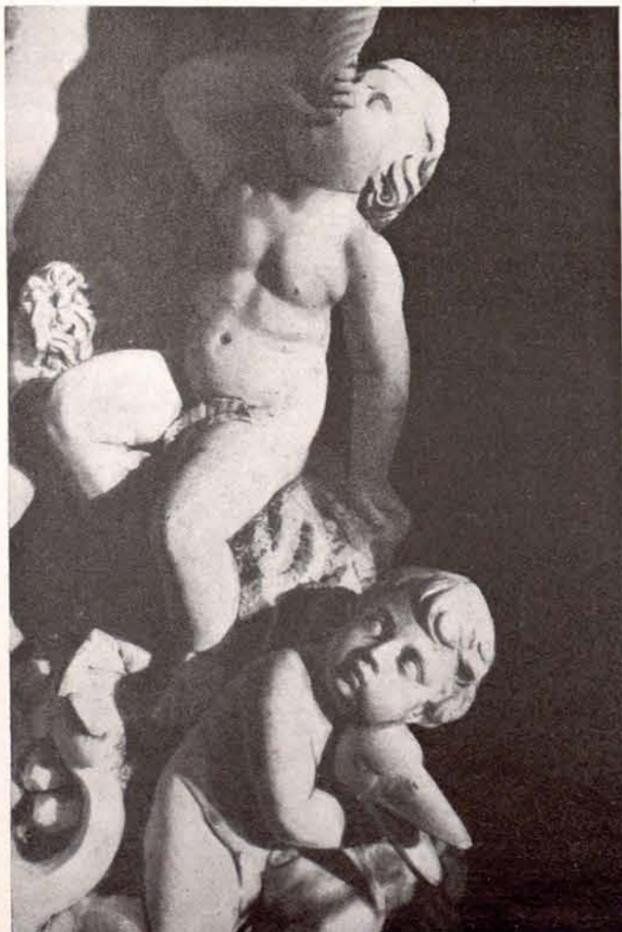
Aún no se han puesto de acuerdo los arquitectos paisajistas si debe prevalecer el jardín, que refleja fielmente la naturaleza, como un paisaje en tamaño reducido o si puede someterse la vegetación a todos los caprichos del creador del jardín.

Creo sinceramente—y sin duda está de acuerdo el Sr. Forestier—que todo estriba en una cuestión de buen gusto. Concierto parques y jardines paisajistas, muy bellos, y admito que los haya muy absurdos. Sé que por otra parte hay parques arquitectónicos perfectamente logrados y otros de pésimo gusto.

Los célebres jardines italianos y franceses de la época del Renacimiento y del barroco los proyectaban los mismos arquitectos a cuyo cuidado estaba la construcción del palacio. Por lo menos les era reservada la dirección artística. Prueba de ello la carta que dirige Bandinelli a Jacopo Guidi respecto a los jardines del Palacio Pitti, donde hallamos el famoso párrafo: «Che le cose che si murano, debbono esser guida e superiori a quelle che si piantano.»

El espíritu, la esencia pura de los jardines del barroco italiano que supo traducir al francés el gran Lenotre, mucho antes de poder contemplarlos *de visu* en el viaje que emprendió ya muy avanzado en edad, flota también en los jardines de Montforte, la mejor muestra de arte jardineril que puede presentar Valencia a sus visitantes.

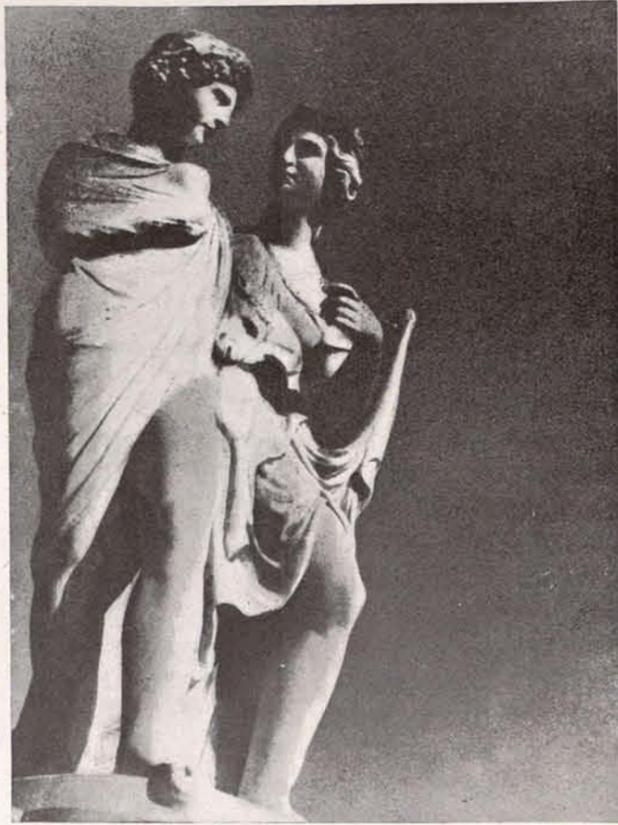
El que los trazó se valió de buenos modelos. Encontramos antiguos conocidos: Los leoncitos jugando con la bola que adornan la Villa Médicis. Las murallas vegetales del Giardino de Boboli. Las lindas escalinatas de la Villa d'Este de Tivoli,



Las hornacinas con bellas estatuas de sabor clásico que se hallan también en la Villa Falconieri y los grupos escultóricos de «puttis», pequeños tritones y otros motivos traídos de la mitología que adornan las bellas fuentes de Versalles, de Schoenbrunn.

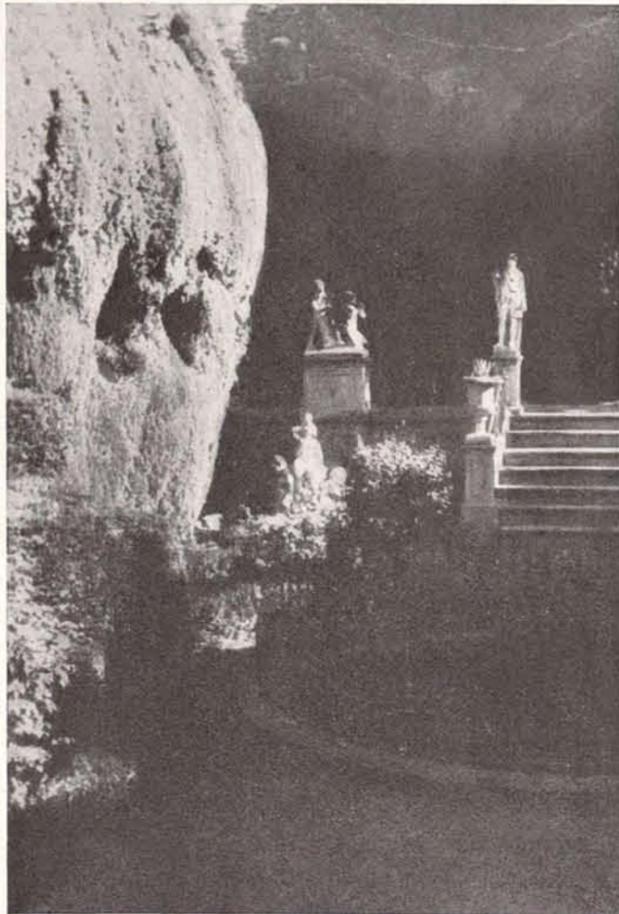
Los jardines de Montforte son de traza arquitectónica, de gusto depurado, clasicísimo. Allí donde el artista puede haber cometido yerros, la naturaleza lo ha corregido espontáneamente.

Esos jardines son bellos precisamente porque vuelven poco a poco a la naturaleza. Porque se borran en ellos las formas demasiado «tiralescas». La estatuaria, que abunda bastante, es de buena época, buen material y sabiamente distribuí-



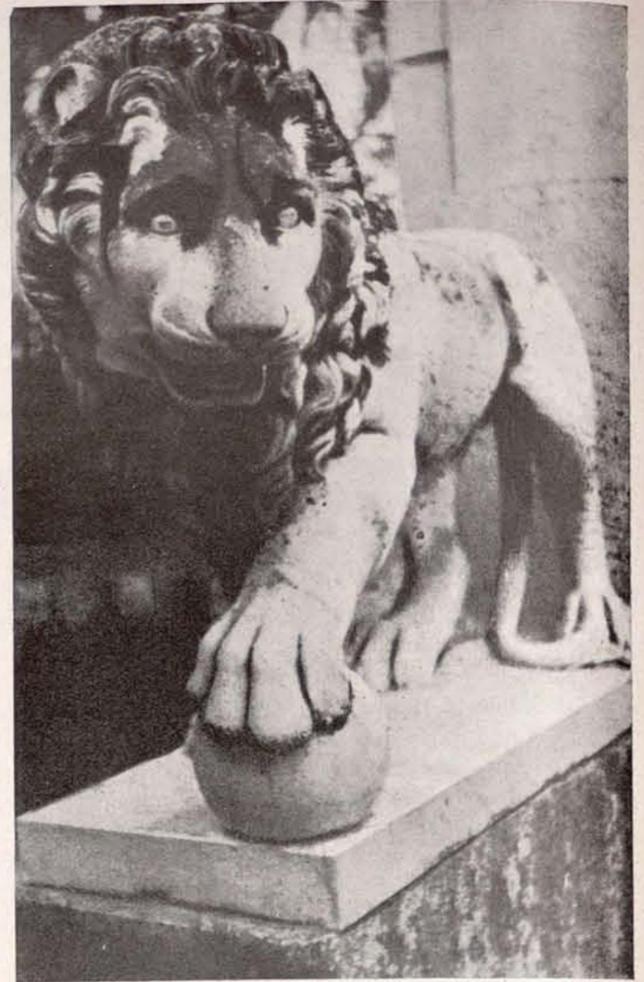
JARDINES DE ESPAÑA

Por ALFREDO BAESCHLIN



da, alternando la blancura algo apagada y amarillenta de la piedra con grandes lienzos de pared vegetal, sobre cuyo fondo se destaca admirablemente.

De sobra se nota que los jardines de Montforte, tal vez por ventura, están algo abandonados. Lentamente la naturaleza recobra sus derechos, suaviza las rectas demasiado rígidas, crece a su antojo, modificando el primitivo corte de tijera, invade escalinatas, fuentes y estatuas, añadiendo espon-



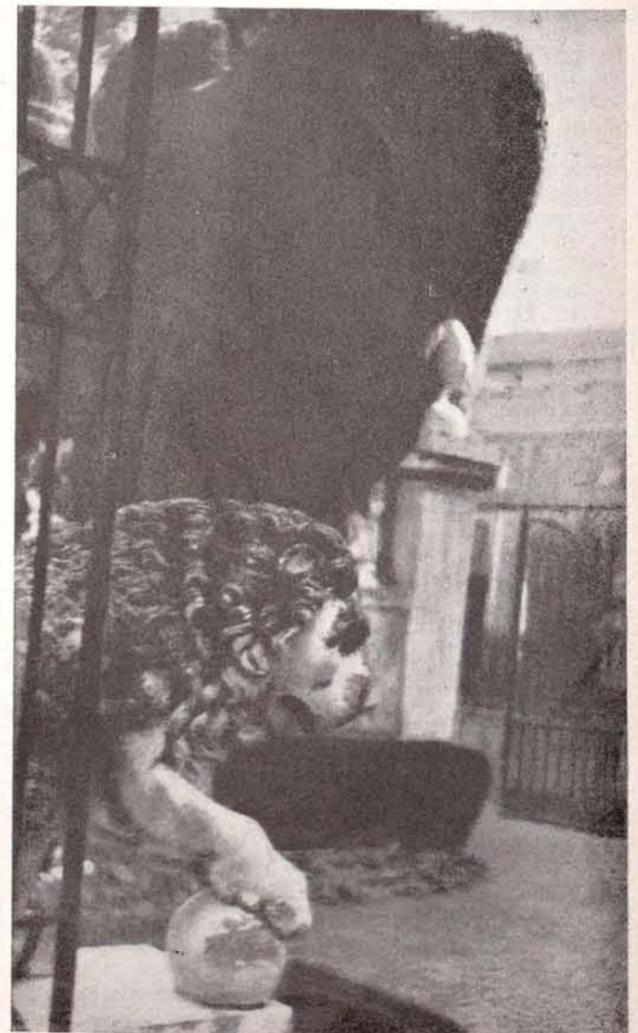
táneamente nuevos encantos a estos jardines, paseando por los cuales se va «di gioia in gioia a l'ultimo diletto».

Me pregunto si es un bien o si es un mal. Desde luego se me antoja que Rusiñol prefería los jardines en este estado de semiabandono. Sé que el trípode de su caballete hollaba a menudo el piso musgoso de los jardines de Montforte.

Cuando el área que ocupan hoy los jardines se convierta en solares—existe este peligro—, las bellas fotografías de Renau que nos dió para esta página servirán para evocar la belleza que se fué para siempre. Ellas reproducen con gran fidelidad lo que puede llamarse la quintaesencia de los jardines de Montforte, verdaderos jardines de ensueño que merecerían mejor suerte, como la que Ronsard deseaba a su amada Foret de Gastine:

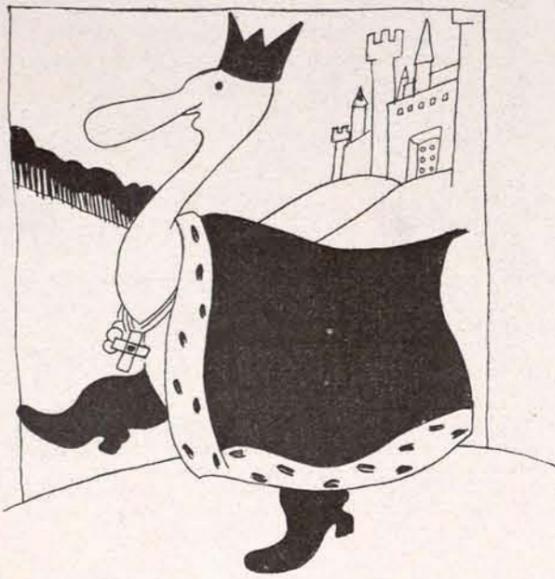
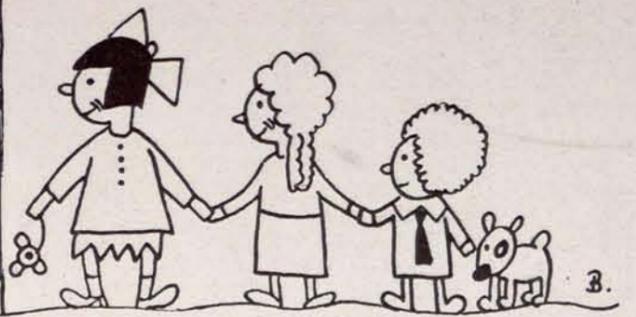
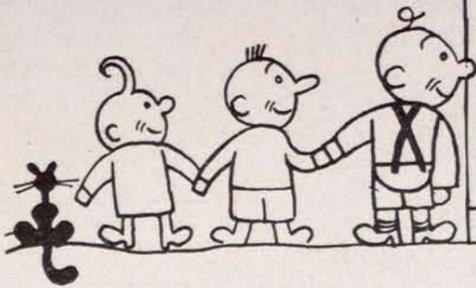
*...Tes bocages soient toujours pleins
D'amoureux brigades
de Satyres et de Sylvains
La crainte des naïades!
En toi habite désormais
Des muses le collège,
Et ton bois ne sente jamais
La flamme sacrilège!*

Valencia, 1935.



F O T O S D E R E N A U

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



Su Majestad el rey Ganso

El orgulloso rey Ganso miró a sus cortesanos con fastidio al notar que todos eran feos.

—¡Oh, majestad!—exclamó uno de los cortesanos, mientras se le caían las lágrimas—. Por favor, elija a uno de nosotros como sucesor suyo.

—No voy a hacer eso—gritó el rey, todo enojado.

Y así como lo anunció, lo hizo. Escribió a la reina Kikiriki que enviara a uno de sus hijos para que gobernase a sus súbditos.

La reina contestó que, encantada, le enviaría a uno de sus hijos para gobernar el país de los gansos.

—La reina Kikiriki va a enviar esta tarde a su hijo; ya ven que he hecho lo que les había dicho—dijo el rey—. Como yo no estaré presente, deseo que usted, el primer ministro ganso, reciba al príncipe Kikiriki y le ofrezca el trono y la corona. Si no hace lo que le digo, le voy a dejar cocinar en una cacerola.

—Voy a hacer todo como usted me ha dicho, majestad—repuso el ministro ganso.

A la tarde, cuando el rey ya había partido, todo estaba arreglado para la llegada del príncipe Kikiriki, y poco después apareció una carroza de oro, que fué recibida por toda la corte.

El primer ministro bajó las escaleras hasta donde se encontraba la carroza del príncipe Kikiriki.

Miró dentro del coche; encontró sólo una caja forrada con terciopelo colorado.

—¿Qué es esto?—gritaba el ministro, olvidándose de su nobleza—. ¿Adónde está el nuevo rey?

Abrió enseguida la caja, encontrando dentro de ella un lindo huevo color crema, y sobre él una carta con un sello de oro. Rompió el sello y leyó lo siguiente:

“Querido rey Ganso: Me es desagradable tener que comunicarle que todos mis hijos están ocupados este mes; pero como le había prometido enviarle uno de ellos para que gobierne durante el tiempo que usted esté ausente, le envío uno de los huevos reales, que es como un miembro de la familia real.

Espero que con esto he cumplido mi promesa.

Afectuosos saludos.

Reina Kikiriki.

NOTA.—Tome cuidado de no romper el huevo.”

—¡Grandes dioses!—exclamó el primer ministro—. Hemos quedado durante tres cuartos de hora dando la bienvenida a un huevo. ¿Qué tanto que hacer?

—Recuerde lo que ha dicho el rey de que si no cumple con las órdenes que él ha dado, lo va a dejar cocinar en una cacerola—dijo uno de los cortesanos.

El primer ministro se volvió todo pálido al oír esas palabras.

—Si quiero salvarme, tengo que llevar este huevo al trono, y ponerle la corona, y declararlo rey.

Poco después el huevo estaba sobre el trono, llevando una pequeña corona en la parte superior.

Pero, por desgracia, el rey regresó inesperadamente.

Quería darle una sorpresa al príncipe Kikiriki. Se quedó muy sorprendido al no encontrar a nadie en la sala del trono.

—Claro, el ministro no ha ejecutado mis órdenes. Lo voy a dejar cocinar en una gran cacerola—pensaba el rey.

No percibiendo el huevo que estaba sobre el trono, se sentó sobre él.

¡Craaac! El huevo real se había roto. El rey pegó un gran salto. Por el ruido que había hecho el huevo al romperse, todos los cortesanos acudieron a la sala real, empezando todos a reír al ver lo que había pasado.

—Su majestad—exclamó el primer ministro—se ha sentado sobre el príncipe y lo ha roto.

—¿Qué es lo que ha pasado?—gritó el rey, todo enojado al ver a los cortesanos que se estaban riendo de él.

Entonces el primer ministro explicó lo que había pasado.

—¡Por Dios! Seguro que la reina Kikiriki va a estar muy enojada conmigo—dijo el rey Ganso—. ¡He hecho una cosa terrible!

Esa fué una buena lección para el orgulloso rey Ganso; y después, cuando se había arreglado todo, el rey decidió que en adelante ya no sería más tan orgulloso.

Después de eso, reinó la paz y la tranquilidad en Gansolandia.

La vida en la selva



El señor Mono, que tiene fama de ser, con la señora Cortorra, el más chismoso personaje de la selva, dice que el señor Elefante parece un autobús de los que hacen el trayecto Moncloa-Lista.

Los otros días se encontraron al borde de una laguna donde la familia de señora Pata enseñaba a don Cocodrilo cómo habían aprendido a nadar sus peques.

El señor Mono se acercó al don Elefante y le preguntó con sorna:

—Diga usted, amigo Elefante: ¿dónde compra usted sus zapatos?

Don Elefante, que es muy calmo y un poco tonto, no se dió cuenta de que se trataba de una tomadura de pelo, y muy ingenuamente le contestó:

—Me los mando hacer a la medida en casa del señor Zorro. ¿Por qué me lo pregunta usted?...

—Pues nada; porque pienso cambiar de casa, y si usted tuviera uno de sus zapatos viejos, yo creo que podría instalarme en su interior.

En ese instante apareció don Hipopótamo, que es el

más feo y gruñón señor de la selva, y acercándose al Elefante, le dijo:

—Estas casas de comercio cada día andan peor surtidas. Esta noche tengo un baile en la casa del señor Toro, y creo que no podré concurrir por falta de cuellos. La señorita Gacela, que atiende la camisería de doña Jirafa, me ha asegurado que no tienen de mi medida.

—Tiene usted razón. Además, los dependientes de esa tienda son muy groseros. Figúrese usted que ayer estuve con mi esposa, la señora Elefanta, para que le tomaran las medidas de un traje de Carnaval que piensa hacerse, y una de las vendedoras, la señorita Avestruza, tomando una bicicleta se puso a dar vueltas en torno de mi mujer, hasta que, luego de diez minutos de pedalear, se encaró con ella para decirle:

—Mire usted, señora Elefanta: póngase a régimen para adelgazar, porque de lo contrario, nos obligará la próxima vez que se haga un traje a tomarle las medidas en ferrocarril...

Mientras los señores Elefante e Hipopótamo conversaban, la señorita Jirafa asomó su bella cabeza por entre un grupo de palmeras.

—Buenos días, señor Mono...—dijo ella, sonriente.

—Muy buenos días, señorita Jirafa—contestó aquél.

—¡Espléndido día! ¿No le parece?...

—¡Oh, ya lo creo! Desde hacía muchos días no se veía un sol tan hermoso como el de hoy. Y a propósito, señorita Jirafa: ¿qué tal tiempo hace por allí arriba?

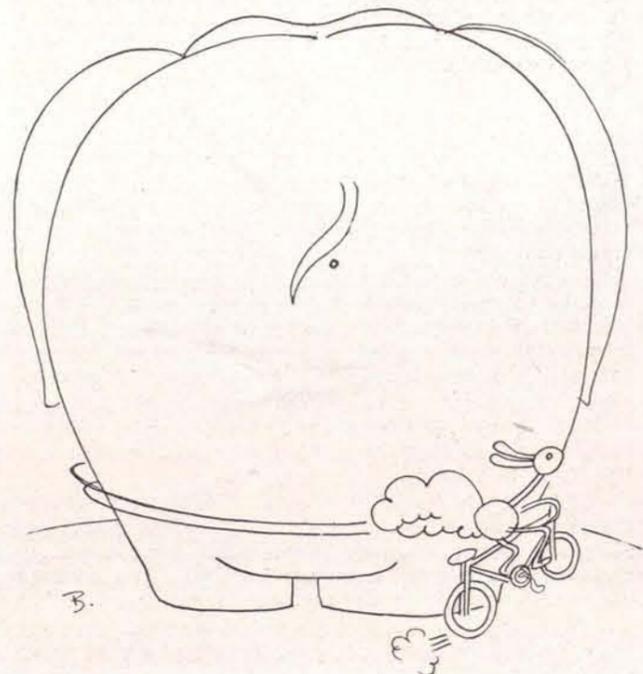
—¿Por dónde, amigo Mono?—contestó la señorita Jirafa, llena de asombro.

—Por esas alturas donde tiene usted la cabeza; porque en la escuela me han enseñado que, a medida que hay más altura, la temperatura se torna más y más fría; y como usted tiene un cuello más alto que el edificio de la Telefónica, me imagino que a lo mejor por allí arriba hasta hay nieve...

A la señorita Jirafa no le hizo ninguna gracia la broma del señor Mono, y medio fastidiada por la impertinencia, se fué a visitar a doña Rinoceronte.

—Acabo de estar con el señor Mono, que es un mal educado...

—Sí, sí; usted tiene razón. Un día de estos le diré a mi marido que le dé un bastonazo en la cabeza para que aprenda a no meterse con las damas. Con usted, señorita Jirafa, siempre anda de bromas gruesas. A mí me dijo ayer tarde que lo mejor que podía usted hacer era colocarse un ascensor en el cuello para que subieran a visitarla sus amistades.





«Serrano» llevaba en su piel alazana todo el color dorado del sol mediterráneo.

"SERRANO"

Por JOAQUIN GOYANES

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

«Serrano» llevaba en su piel alazana todo el color dorado del sol mediterráneo. En su lomo de seda se miraron con júbilo cinco primaveras. «Serrano» era el potro más lucido del Regimiento 21 de Caballería. Brincador como un saltamontes, al irrumpir en el campo de instrucción provocaba envidia y desasosiego en el resto de la potrada. Su cola amplia, rubia, se extendía perezosa, con ritmo de cisne y hechura de pavo real. Sus remos limpios y pelados parecían quebrarse al contacto del suelo. Pero no sucedía así. Seguro en el tranco, veloz en la galopada, siempre llegaba el primero, marcaba la meta en los desafíos. Por eso era el preferido. Preferido de jinetes, no de galones. De pura raza andaluza—con vientos de morería y presunción de gitano—, quien le pusiese los calzones encima había de tener pierna de guerrillero y riñones de veinte años... Y entonces, con tal montura, al comenzar su trote, dibujaba arcos de triunfo en la empinada.

Batidores de gala. Azul, blanco y plata, de la Caballería de España. Espadones labrados, con paisajes del Tajo. Los más erguidos, los de más talla, van los primeros. Al pasar por escuadrones y cuadradas, sus bruididos metales arrancan sonidos de batallas y relinchos de impaciencia en las cabalgaduras.

Al lado de «Serrano» no está el guapo, el más guapo del Regimiento, no. A su vera, arrojado, buscando charoles a sus cascos, se encuentra el «Tostao», el de menos estatura, el más insignificante... Todo él es nervio y hueso; bronce en las piernas y un tinte de oliva, que le cubre la cara... Pero le envidian todos. Lo envidian esos batidores forzudos, que hoy salen al Corpus, y hay luminarias en los balcones y flores que recoger. Al «Tostao» no le asustan los corpachones ni los forzudos. Tras la cola de su caballo, más henchida y más espesa, lleva prendidas, al final de fiestas, las miradas más bellas de la procesión.

Aquellos meses pasaron. La veteranía y el tiempo que discurre le preocupa al «Tostao». El cuartel lleva unos días de intranquilidad. Partes de Madrid transmiten órdenes y consignas que nadie acierta a descifrar. Se habla de movilizaciones y de guerras. Todo es automatismo. Cada uno a lo suyo. Limpiar bien el mosquetón. Que no falte nada a la impedimenta. El equipo completo, que la campaña es larga. Poca bruza y poca almohaza, que no están los días para lustrar caballos—eso dicen los jefes—, pero el «Tostao», a escondidas, y mientras el cuartel duerme, baja a la cuadra, limpia el suyo y le dice muy pianito su cancioncilla... Por *seguidiyas*, que las entiende bien. Como todo fué secreto, así se marchó el 21 de Caballería, en una madrugada provinciana y triste. Ni un cántico guerrero, ni esos pañolitos blancos que recogen adioses. Nada. Un poco de vino castellano y a embriagarse en ruta para hacer más moza la garganta.

«Serrano» y el «Tostao». Dos. Dos para uno Siempre juntos. Más enflaquecidos, pero más unidos. Y a robar pienso a los demás para que engorde el suyo. Todo es poco, porque falta la cebada y se resiente el caballo. El del «mayor» se morirá de hambre como siga con tal compañía...

Eran tiempos distintos estos de la guerra. Mal comidos, enfangados y siempre con la espera de un pasaporte para el otro mundo. Por no llegar, ya no llegaban cartas de la moza... Una de la vieja por semana, cuando no se perdía. Y había que ir tirando. Todos los días lo mismo, de protección, estafeta, emboscada, y si era preciso, los dos, «Serrano» y él, hacer un avío al jefe de columna para que no «comiesen» la aguada.

Nadie lo creía. Aquello había que verlo. Producían lástima. Toda la guarnición del campamento le rodeaba. El «Tostao» y «Serrano» habían vuelto de un servicio en tal estado, que apenas se podían reconocer. No habían vuelto. Los habían echado. Sangre y barro era el testimonio de su retirada.

—Mal se dió la faena, mi capitán...—declaró con dificultad—. Hoy no hemos respondido... Fueron más listos que el «Serrano»... Teníamos deudas pendientes... ¡Bien san cobrao!... *Too preparao pa cazame*... Y como gazapos nos pillaron... ¡Esta condená de lluvia que nos cegaba! ¡Y confiaos que íbamos, mi capitán!... Pero en llegando a la... aguada del Morabo, una descarga cerrá nos hizo comer el polvo...

—Yo, en un principio, creí que todo era mico..., pero sí, sí... *Echéme la mano al mosquetón* y me encontré con que la mano la tenía agarrotá y toa ensangrentá. ¡Estaba perdió!... La boca toa reseca y el aire no me entraba bien en los pulmones... *Desesperanzaio fijéme en*

«Serrano», y estaba *pior* que yo. La sangre le había arrebatado su color... Casi arrastras y escondió de los «pacos», pude llegar a él, y en cuanto me arrecosté sobre su lomo se alzó sobre las patas... y aquí me ha traído... ¿Cómo?... ¡Qué se yo!... ¡Es tan templao!... ¿Dónde anda?... *Ponéle una manta que está resentio*...

—¿Resentio?... ¡Anda éste! Ciego *sa quedao*—afirmó un compañero—. Ya lo apañó el veterinario, y come el pienso como si tal cosa...

—¿Ciego?... Eso es un decir...—protestó el «Tostao».

—¿Un decir?... Como no le pongas unos de cristal... ¡Si los *tié vacíos!*...

—No le hagáis *judías*, que es de buena ley... Ayudarme un poco que quiero ir a *velo*...

Cuando los soldados se disponían a complacer la demanda del herido, se presentó el servicio sanitario para trasladarlo al hospital de urgencia.

Pronto se dispersó la noticia. El «Tostao» estaba muy grave. Un proyectil le había atravesado los pulmones, con fuerte hemorragia interna, y agarrotamiento, por herida de fuego, del brazo derecho.

—Ha tenido suerte... Se va de permiso—envidiaba uno.

En la guerra—en todas las guerras—el balazo tenía la virtud de conceder permisos: al otro mundo o a la casa paterna. Cuestión de trayectoria. No es extraño, por lo tanto, que algunos envidiasen al «Tostao».

Pero el «Tostao» estaba supeditado, como todo herido, a unos trámites burocráticos que se reflejaban en sendos expedientes. Estos expedientes tenían por objeto confirmar si eran útiles para el servicio soldado y caballo. Aquí dicen que no valen. En la ciudad que sí. Y mientras el «Tostao», muy *resentio*, convalece en el campamento, en la cuadra, «Serrano», no es ni su sombra. Ya no tiene brillo su pelo alazán. Inmóvil al roncal, sus cuencas vacías son nidos de moscas y de obscuridades. Como ya no es bravo ni calza herraduras, coz que se pierde, coz que la recoge. Cuando oye la diana o tocan botasilla, como si él pudiera, vuelve la cabeza, curva más el cuello, y a derecha e izquierda busca al amo herido... Hasta que la quietud de la cuadra desierta le obliga a insistir en su sueño de espera...

Un expediente se ha resuelto ya. El de «Serrano». Le ha llegado la vez. Le ha tocado el permiso. Permiso para trabajar. Para trabajar más y comer menos. Como se ha quedado ciego, sale a la subasta. Dan poco por él. Casi regalado. No tiene postor. Por cincuenta pesetas ha cargado con él un gitano andaluz...

Pocos días después se comunicaba de oficio al «Tostao» que se acordaba su licenciamiento, por inutilidad física, y que por su distinguido comportamiento se le otorgaba una cruz roja con el haber mensual de treinta pesetas con treinta y cinco céntimos. El «Tostao» no sabía qué hacer ni adónde ir. Mal herido, como estaba, no podía con la labor del campo... Y a las mozas no les gustan los *enflaquecidos*.

Como el regreso lo pagaba el Estado, cogió el barco, y sin una mirada de odio, ni de complacencia, mirando al sol, buscó la ruta peninsular.

Madrid se doraba al fuego a fuerza de un calor insoportable. Agosto estiraba sus días como la paja de su pintura. El sol, en su caída vertical, escudriñaba fachada por fachada, dispuesto a no dejar con vida la calidad de una sombra. Empinada la calle de Segovia, parecía alzarse más ante el paso fatigoso del caminante mañanero.

Un grupo de obreros, pringados de líquido caliente, rompían, a fuerza de mazo y de energía, el pavimento viejo para volcar en su sitio el asfalto reparador. Secos los labios, el bodegón de enfrente daba inyecciones de contienda. Los músculos estaban borrachos. Uno, dos. Uno, dos. Compás de imprecaciones y de metal que sufre. No hay chanzas, ni diálogos. A veces, como un trallazo en el paladar:

—¡El rico melón!... ¡A quién se lo regalooo!... ¡Frescos melones! ¡Como la miel!...

Las persianas de las viviendas duermen, tendidas, el suplicio de todas las noches.

—¡Arre, caballo!... ¡Maldita sea tu estampa!... ¡¡¡Arreee!!!...

No silba el vergajo. Le falta el aire para dejarse oír. Se oía, sí, el golpe seco, el golpe que se ajusta y ciñe al costillar de la bestia exhausta.

—¡¡¡Sooo, caballo!!! ¡Maldita sea tu estampa!

Un palo más para que quede inmóvil. El a la taberna. A tomar clara con limón.

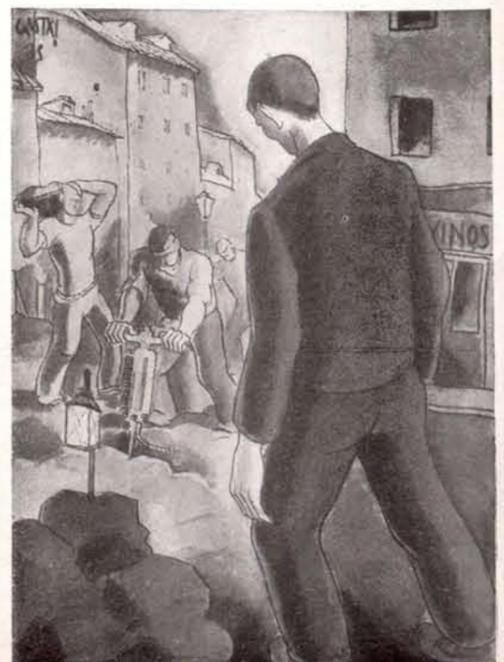
Aquel descanso para el caballo fué fatal. No había manera de dar un tranco más. Sus cascos, gastados, se habían pegado al asfalto caliente. El carretero arrimó el hombro al volquete para ofrecer ayuda, pero todo fué inútil. Un golpe furioso, sobre la inclinada cabeza, y el caballo que cae de bruces en el pavimento.

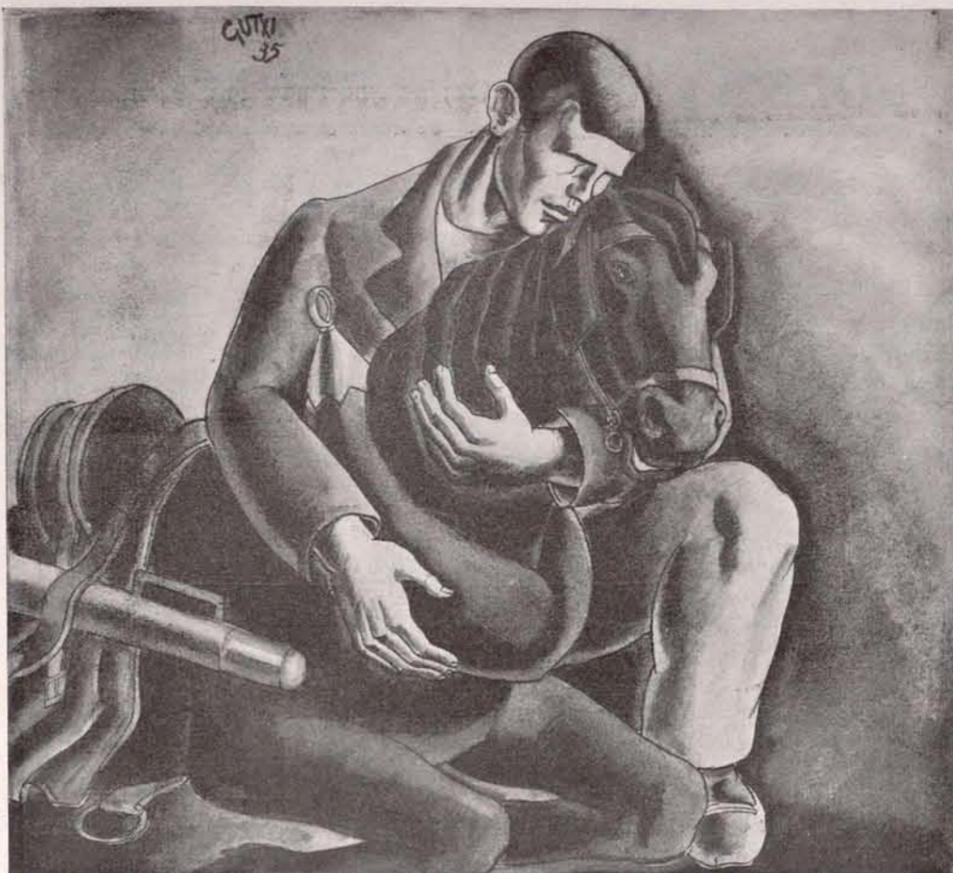
Tal accidente, con insistente repetición, provocó la desesperación del carretero embriagado. El jameigo, en plena derrota, aprisionado entre las varas del carro, atendía solamente la dirección de la tralla.

Los pocos transeúntes y trabajadores que presenciaron la escena acudieron en su auxilio. Pero nada hacían. Lo complicaban más. Del caballo sólo se sabía que apenas respiraba.

También en la taberna se encontraba el «Tostao». No había más remedio. Mal andaba con

Un grupo de obreros, pringados de líquido caliente, rompían, a fuerza de mazo y de energía, el pavimento viejo para volcar en su sitio el asfalto reparador. Secos los labios, el bodegón de enfrente daba inyecciones de contienda. Los músculos estaban borrachos. Uno, dos. Uno, dos. Compás de imprecaciones y de metal que sufre. No hay chanzas, ni diálogos.





No hubo duda. Sin darse cuenta del lugar, permaneció abrazado a la cabeza del caballo. Pronto reaccionó. Como un gigante miró a todos con aire de desafío. Irguióse altanero y, encarándose con el carretero, exclamó:

su cuerpo en pellejo, pero había que ganarse el pan de cada día, y sacar fuerzas donde no las había.

—¿Qué pasa?...—se atrevió a preguntar.

—Nada, un volquete caído...

—¡Vaya por Dios!...

Despacio, fatigoso, como él andaba, se acercó al grupo. Le revolvía a él las entrañas esas escenas de todos los días. Con miedo, se atrevió a aconsejar:

—No pegue así, hombre, no pegue así... Quitele los arrees y acarícielo...

La respuesta fué un trancazo más sobre los huesos calcinados de la bestia. El «Tostao», desesperado, buscando protección entre los que le rodeaban, amenazó:

—Llamaré a la autoridad si sigue martirizando al animal... ¡Aprenda a mandar caballos si los quiere explotar!... Quite el hierro de la boca... Suelte la cincha... ¡No pegue, hombre, no pegue más!—dijo, interponiéndose—. Yo le ayudaré... Por las buenas consigue más... Vaya, vaya. ¡Pobre animal!...

El «Tostao» se inclinó sobre el caballo. Como en otros tiempos, sus manos eran ágiles y expertas, soltando arrees. No se había olvidado. Al quitarle la cabezada, el «Tostao» dudó mucho. No eran seguros sus dedos. Temblaron sus manos. Su cara es lívida. Hubo un instante que, como alucinado, miró a todos con odio y con rencor. Sus rodillas tocaron el suelo. Y en un instante de pleno conocimiento, sus ojos, en lágrimas, pusieron frente a frente con las cuencas desiertas del animal caído...

—¡«Serrano»!!!... ¡¡¡«Serrano»!!!—gritó reconociéndole por todos lados.

No hubo duda. Sin darse cuenta del lugar, permaneció abrazado a la cabeza del caballo. Pronto reaccionó. Como un gigante miró a todos con aire de desafío. Irguióse altanero y, encarándose con el carretero, exclamó:

—¡Es mi caballo!... ¿Me oyes?... ¡Es mío!... ¡«Serrano»! ¡«Serrano», a mí!... insistió apartando a los curiosos—. ¡Arriba, «Serrano»!... ¡Arriba!...

Hubo un sonar de huesos. Articulaciones que se juntan. Músculos que se ligan. Un olfato nuevo y joven que ve. Todo a un mismo tiempo. Obra del instante. «Serrano», el viejo caballo, se alzó seguro sobre sus remos descarnados. Aquel cuello, arrugado, buscó la elegancia de su primitiva horizontal, y de un tirón, brusco y bravo, puso en marcha el cargamento.

—¡Así, «Serrano», así!... ¡Alóooo!—gritaba febrilmente—. ¡Más, «Serrano», más!... Más...

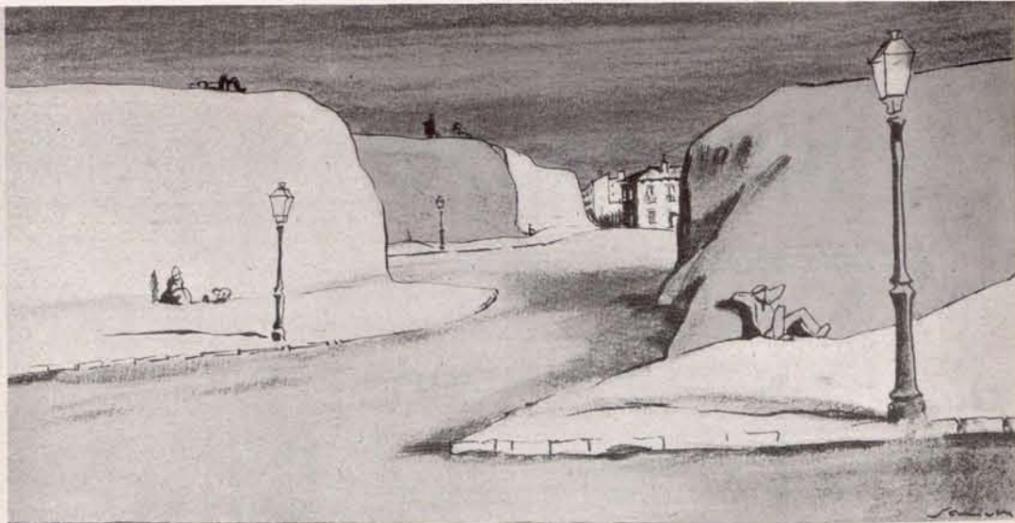
Una saliva pastosa que le comía el aliento, no le permitía animar más a su antiguo caballo. Tuvo necesidad de ser recogido por aquellos trabajadores, que presenciaron la impresionante escena. La emoción y el esfuerzo del «Tostao» se manifestaba en un hilo de sangre que se desprendía por la comisura de sus labios.

La agónica retina del «Tostao» iluminábase por última vez, de manera brillante y codiciosa, para captar la airosa geometría que dibujaban las patas del viejo caballo de guerra al coronar la madrileña calle de Segovia...

COLABORADORES DE "CIUDAD"



El gran pintor Gutxi, nuestro colaborador, ante la pintura mural que acaba de realizar sobre el tema de los descubrimientos de América para los salones de Intercambio Cultural Ibero-Americano.



EN LOS DESLINDES DE MADRID

DIBUJO DE SANCHA

Madrid carece de extramuros ilustres a base de cubos de murallas, puertas en la hondura, de cuya bóveda apuntada resuena el paso de antiguas cabalgatas heroicas; casonas ilustres con piedra heráldica y huerto pomposo de magnolias y presentando armas en la portalada, el espadón vegetal de los cipreses.

Madrid confina humildemente con las gredas y arcillas de la Mancha cereal y plana, y los últimos trazados de sus calles se desdibujan y fragmentan entre los surcos del laboreo, respunteados por las agujas de los trigales.

A medida que la ciudad hace avanzar sus tentáculos, sometiendo la tierra libre a la pauta urbanista de sus rectas, van quedando al desnudo los muñones de las presuntas esquinas que modelan lentamente su futuro en la roja carne cereal de la ancha Castilla labradora. De esta audaz navegación del tiralíneas edilicio, va quedando mención en las balizas insomnes de los faroles de gas; arpones luminosos también que sujetan la tierra huidiza y la someten y condicionan a su futura obligación de ser calle inmóvil y obediente, libre, a su vez, bajo la caparazón del asfalto, de la tiranía de las lluvias y de los soles, porque su cosecha futura será de aconteceres y de historia, de cultura, que no de agricultura, de energía andariega, y no de lenta espera germinal. Y mientras el progreso no llega con sus azacaneos y sus apresurados humos, los vagos, primeros nuncios de la ciudad, que van a ser estos andurriales, se desperezan al sol o duermen acariciados por el falso claro de luna de las urbes, que expiden estos faroles, "pionners" borrachos, tambaleándose bajo viseras de lata...

E. B. A.

REGIONES LABORIOSAS

En mi artículo "El Estatuto del vino", publicado en CIUDAD en su número del 20 de febrero, apuntaba la fecunda labor del Condado de Niebla en su industria principal: la de los vinos. Y decía entonces que para tener un palpable reflejo de su dinamismo semianónimo era necesario convivir entre los industriales de esta región laboriosa, quienes, como soldados sin nombre en la vanguardia, ponen muy alto el nombre de nuestra economía y de nuestra patria.

Al hablar de estos vinos y del Condado, nos referimos a los vinos de todos los pueblos de la zona vinícola de Huelva, tales como Manzanilla, Paterna, Escacena, Chucena, Villalba del Alcor, La Palma (hoy capitalidad del Condado), Bollullos, Almonte, Rociana, Bonares, Moguer, San Juan del Puerto, Lucena, Trigueros y Beas, cuya región fué muchos años tributaria de las bodegas de Jerez y del Puerto y de los mercados franceses; pero los vetos del Estatuto y las restricciones de los Tratados obligaron a esta región activa y fecunda a irse creando la fisonomía de sus clases y la personalidad de sus mercados.

Ese tesón y esfuerzo individual y esa latente necesidad de expansión pronto se manifestará de un modo integral, colectivo y patente en la conquista de los mercados americanos y los del Oriente.

Pedro López Fuentes.

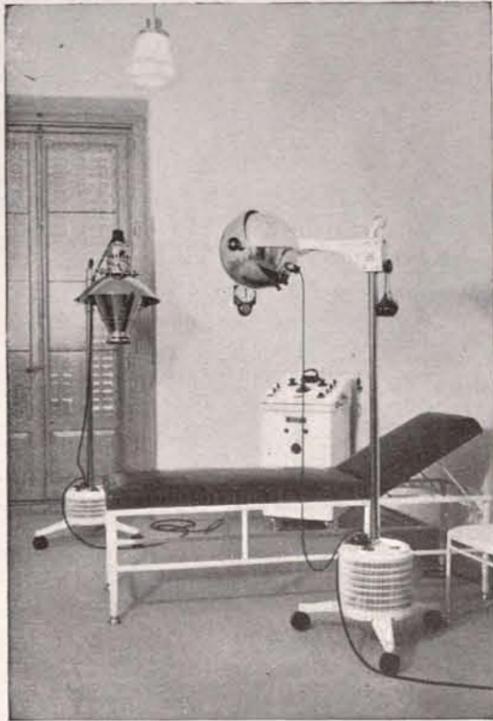


CIUDAD, la revista de Madrid para toda España, aparece los miércoles con el más selecto material literario y gráfico. En sus páginas colaboran las mejores firmas nacionales y extranjeras, e ilustran su material los mejores dibujantes de España. Reserve con anterioridad su ejemplar.



"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17
Dirección: 27914
Clínica: 27915

BOLETIN DE SUSCRIPCION A

"CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"
Palacio de la Prensa
MADRID

D. _____
domiciliado en _____
(localidad) _____ número _____
calle de _____
provincia de _____

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y
adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTI-
MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual
en _____
(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

COMPANIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



AL SERVICIO DE NUESTROS ABONADOS

Para que nuestros abonados presentes y futuros encuentren la máxima comodidad y rapidez en sus relaciones con esta Compañía, hemos creado el nuevo Servicio de Unidades, implantándolo de momento en nuestras oficinas comerciales de Madrid y Barcelona.

Este Servicio de Unidades consiste en un grupo de señoritas, cada una de las cuales tiene a su cargo 2.000 números de teléfono, con la exclusiva misión de atender a los abonados correspondientes, cooperando con ellos y facilitándoles la resolución de cualquier asunto relacionado con esta Compañía.

La actuación de estas empleadas se refiere principalmente a asuntos de índole comercial, aunque están capacitadas para recibir reclamaciones o suministrar informes sobre nuestros servicios.

Para ponerse en comunicación verbal con el Servicio de Unidades, los abonados deben marcar 04 y dar su número de teléfono a nuestra operadora.

El Servicio de Unidades no substituye a los Servicios de Información, 03, y Averías, 02, que deberán seguir usando los abonados en la forma acostumbrada.

Sapiencia y dominio

Todo torero que ha hecho su aprendizaje novilleril—con el prólogo casi obligado de las capeas—, y ha llegado a la alternativa, y ejerce de una manera normal sus profesión, tiene, naturalmente, una base de conocimientos de la lidia y del toro suficientes y aun superiores a lo que generalmente se cree. El "es un trompo" aplicado a un torero que lleva años peleando con los toros no pasa de ser un tópico hiperbólico, que hay que tomar en un sentido relativo.

La ignorancia, la torpeza—relativas—de los toreros vulgares, mediocres o malos nos servirá de punto de referencia y de pauta para conocer la "sabiduría" o la "inteligencia"—la sapiencia—de los lidiadores excepcionales. Todo es relativo, claro está, y cuando se discute o se censura a un as del toreo no quiere decirse que el crítico lo tenga por la nulidad de un improvisado, de un indocumentado absoluto. Puede discutirse a un pintor, e incluso se puede sostener honradamente que sea un mal pintor, sin que ello implique tenerlo por un profesional de la brocha gorda, sin noción del arte que profesa.

Viceversa: en el elogio de los toreros "sabios", de los "maestros", de los "dominadores", caben la hipérbole y el tópico, hay que tener en cuenta lo relativo y conviene distinguir.

No es lo mismo *saber* que *poder*. No es enteramente igual ser un torero "inteligente", conocedor del toro y de los secretos de la lidia, que ser un torero dominador. Suelen confundirse cualidades, dones, características y especialidades.

Hay toreros que, clasificados con un criterio general de muy amplio alcance como de la misma "cuerda", escuela o estirpe, se diferencian profunda, casi esencialmente, en sus modos fundamentales, en sus normas, técnicas y características.

La primera división o clasificación que suele hacerse entre toreros, en el sentido más simplista, es la de valientes frente a inteligentes. Valientes—con cierto tufillo en el

adjetivo de temeridad ignorante—e inteligentes—sobreen—tendiéndose implícitas en su sapiencia la prudencia y hasta la medrosidad—. Y en este primer deslinde de aptitudes definidoras suele haber poco de exacto y mucho de erróneo. No entremos ahora en ello.

Vamos a lo que nos importa.

Que es poner de relieve y señalar las diferencias casi esenciales que puede haber—y hay de hecho—entre lidiadores generalmente tenidos por mantenedores de análogas normas y representantes de idénticas tendencias.

Concretémonos por hoy a esa cuerda de toreros que la gente clasifica como "maestros" por antonomasia, confundiendo, verbigracia, en su maestría, lo que puede haber de verdadera "sabiduría" taurina con el dominio que se les atribuye sobre los toros difíciles. Con todos los matices diferenciales que cabe señalar dentro de este sector toreril.

Tomemos como punto de referencia *Joselito*, torero de la escuela sevillana, *sabio*, si los ha habido, y dominador en grado superlativo.

De muchos posteriores a él se ha dicho que eran sus sucesores, que lo recordaban, que pisaban sus huellas: Granero, Marcial, Cayetano, *Armillita*, Manolo *Bienvenida*, etc.

Y es que todos éstos han podido tener esta o la otra faceta de José; pero nada más.

Joselito—entre otras muchas cosas—era el perfecto dominador del toro. No siempre, claro está. Pero cuando no dominaba, no era porque no supiera cómo, ni porque no pudiera. El podía y sabía siempre.

No se domina a un toro nervioso—de excesiva casta—o muy bronco y de sentido si no se reúnen estas tres condiciones: *saber* lo que hay que hacer con él, *poderlo* hacer y *querer* hacerlo.

En *Joselito* se cumplían casi siempre las tres condiciones.

Yo nunca he negado que Marcial sea un torero *sapiente*. Lo es. Sabe mucho del toro y de la lidia. Lo que niego es que sea dominador, que *pueda* con el toro dificultoso por exceso de nervio o de marrajería. A estos toros los marea y los caza. No los domina. Porque no puede. Creo más bien que es que no puede con ellos que no que no quiere.

En cambio, otros—Cayetano, tal vez *Bienvenida*—saben y *podrían* casi siempre; pero...

Y estos dos—el *Niño de la Palma* y Manolito *Bienvenida*—son los que yo veo más dentro de la cuerda de *Joselito*, de cuantos lo han recordado. Cayetano, por sus condiciones de director, por su mando, por su modo de estar en el ruedo, de andar entre los toros, de ver y encauzar la lidia. *Bienvenida*, por su alegría, por lo extenso de sus conocimientos y repertorio, por su "sevillanismo" y su comunicativo entusiasmo.

Ninguno es, empero, como cualidad primordial de sus respectivas personalidades, torero dominador.

Lo es Ortega, en cambio. Y nada más opuesto a *Joselito*.

Porque con Ortega resulta que el dominio—con ser enorme—es cojo o incompleto. Un poco arbitrario. Domina como nadie... a los toros a los que en realidad no hace falta dominarlos hasta tan exagerado extremo. Les pisa un terreno, les hace unas cosas y *abusa* de ellos en términos a que no llegó *Joselito*. Ni nadie. Pero, en cambio, toros de casta, bravíos, de bandera, a los que *Joselito* toreaba como quien lava, pasándoselos, dominándolos, mandando en ellos, a Ortega lo traen materialmente de cabeza y le deparan sus tremendos fracasos.

Bombita—gran dominador de toros—tuvo un fracaso con un toro bravísimo, y todavía se habla de él... Señal de que fué en él cosa de excepción. Sin embargo, le perjudicó mucho e influyó para que se le clasificara como dominador de mansos exclusivamente. Y fué un toro en quince años de profesión. A Ortega, que apenas lleva un lustro toreando, le han salido ya *catalanes* a montones, y ha fracasado con todos. Sin embargo, es un torero cuya característica y cuya cualidad casi única es el dominio.

Si se considera todo esto sin pasión, serenamente, se ve a qué inaccesible distancia estaban *Joselito* y Belmonte—cada uno en lo suyo—de todos éstos que los siguieron.

Hay muchos toreros que *saben* mucho del toro, pocos que lo dominen de verdad, porque para dominar hay que saber, poder y querer. Y no siempre se sabe querer, ni en todas ocasiones se quiere poder, ni casi nunca se puede saber lo que se quiere intentar...

El año nuevo en el Japón

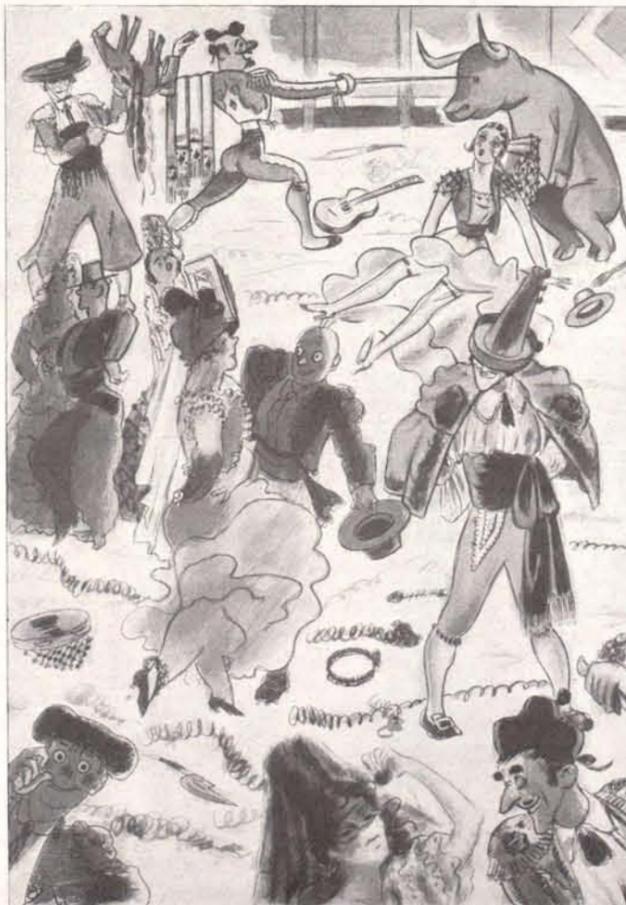
Siete días duran las fiestas del año nuevo en el Japón: es una fiesta tumultuosa y embriagadora, el record de todas las fiestas, que se permite el gran pueblo trabajador japonés para celebrar la vuelta del sol, con el que los japoneses están siempre en muy cordiales relaciones. En la noche de San Silvestre, todas las cuentas y toda la correspondencia deben quedar liquidadas, pues no se debe introducir en el año nuevo nada desagradable. A media noche hacen una comida frugal—en la mayoría de las casas, fideos de avena en letras, que significa buena suerte, y enseguida se oye por las calles las voces broncas masculinas del "Hatsu-Ni", (la "mercancía nueva") y el rechinar de las ruedas, sobre las que es introducido en el año nuevo la mercancía nueva con acompañamiento de cánticos y danzas.

El primer día del año, por la mañana muy temprano, todos los habitantes del Japón, desde el Emperador hasta el último vasallo, comen el mismo plato nacional: arroz en bolas en una sopa de algas y pescado. Hay verdaderas batallas por ver quien ingiere más bolas. Después pican en multitud de manjares fríos que se van presentando, y que significan muchos años de vida: huevos de pescado, guisantes, judías. Más tarde se llenan las calles de gentes, que se felicitan mutuamente; todo Japón dedica la mañana de primeros de año a visitar a sus amistades para felicitarlas. Los diplomáticos, los oficiales, los marinos felicitan a su Emperador. Parientes y conocidos, patronos y trabajadores, proveedores y clientes se visitan unos a otros, ofreciéndose mutuamente regalos. Los siete días de la fiesta de año nuevo es tan sólo un interminable dar y recibir regalos. Se vuelve a regalar, sin más, lo que hace unos instantes le regalaron a uno, y así, el mismo regalo—fruta, pasteles, pescados—cambia cinco o seis veces de dueño; por eso, los buenos proveedores sellan sus regalos con la firma de la casa, para alejar de ellos toda responsabilidad sobre los géneros averiados, que suelen circular en abundancia.

Poco a poco se llenan las calles de beodos demasiado alegres, porque el vino "saké" corre esos días como un verdadero río. Mujeres y niños juegan con pelotas de plumas; las jugadoras, algunas preciosas, están maravillosamente ataviadas con túnicas de brocado bordadas y pintadas a mano. Por la tarde se juega

ESPAÑOLADE

El gran baile de Carnaval organizado por los dibujantes españoles esta noche en el teatro Metropolitano



Cómo anticipan los dibujantes que será esta noche la descomunal "plaza de toros" que han preparado para que usted se divierta más que nunca

Dibujo de Germán, Horacio, Esteban, Simón Fuentes, María-Rosa Bendala y Prieto.

a las cartas el "Uta-Karuta", que consiste en decir en alta voz los dos primeros decasílabos de algún cuadrílabo clásico, y contestar en el acto con los dos que han de rimar; una ocasión para demostrar la cultura clásica que se posee, y al mismo tiempo coger las cartas; en el arrebato de la contienda, estrechar la mano de la guapa contrincante y retenerla unos instantes, si ella lo consiente.

El libro más pequeño del mundo

China, que dice poseer el libro más grande del mundo (la enciclopedia Yung-lo-ta-tien) gracias al rico comerciante I.u Pu We, que procuró el dinero necesario para llevarla a fin, puede recabar también para sí la fama de poseer el libro más pequeño que existe. Es una originalidad en la historia de la bibliografía.

La pequeña obra tiene cuatro milímetros de alto por tres y medio de ancho, y fué escrito por el escritor chino Lo Chuang Dschung, autor de la famosa novela "San guo yeni". Sólo consta de un ejemplar, y sobre 27 páginas del papel más fino que existe está descrita la historia del emperador mongólico Chubilai-Chan. La obra contiene 8.647 letras, y el autor cobró la cantidad de 800 "liang" (6.000 pesetas aproximadamente). La encuadernación y la impresión fueron ejecutadas por Yu Tschung, y es preciso una lupa para poderla leer.

El hasta ahora considerado como el libro más pequeño del mundo de la Biblioteca de Oxford, que está formado por 34 páginas y mide seis por cuatro milímetros, pasa a segundo lugar.

RESTAURANT **AMAYA**

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. **6**

CUBIERTO SELECTO:

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

La señora Schow y su esposo, el comerciante Schow, de la casa de cafés «P. Schow y Cia.», están sentados en el «living-room» de su residencia.

Es una noche de verano.

El señor Schow es un hombre grueso, robusto, de más o menos sesenta años. Su cara es periforme; su cuerpo, de formas que recuerdan las de una bolsa de harina. La boca, inexpresiva, parece absolutamente sin labios. Los ojos azules llevan debajo unos abultamientos triangulares, y el cutis, algo tostado, denota una salud a toda prueba. En el cuello y en las manos, la piel, rugosa y agrietada, recuerda la piel del elefante...

La señora Schow, que parece tener unos veinte años menos que su marido, tiene ojos grandes y vidriosos, bastante inestables. Sus mejillas son, a un tiempo, rellenas y huecas. Tiene dos dientes salientes en la parte superior de la boca: éstos y los ojos le dan cierta semejanza con la liebre.

El señor Schow tiene en sus manos un periódico que no lee.

La señora Schow tiene una costura en su falda, pero no cose.

Ni él ni ella dicen una palabra.

La única luz que alumbraba el «living» viene de una lámpara de pie, estilo imperio, con pantalla de porcelana blanquísima, situada al lado de una mesa de mógana, la cual ocupa el centro de la habitación.

Una puerta y dos ventanas que dan al jardín están abiertas.

Hacia el fondo del jardín se divisa un paredón que separa la hilera de chalets del lago cercano. Acostado al paredón y perfilado entre arbustos espinosos, se divisa un sendero pequeño, sobre el cual se ven siluetas de parejas que pasan, apretadas y protegidas por las sombras.

El cielo está azul oscuro; pero, hacia el lado del sendero, detrás de los arbustos, se divisan las luces rojizas de la ciudad lejana, cuyo murmullo llega semejante al hervor de una olla inmensa en la cual cocinaran juntos mil ruidos diferentes para fundirse en un solo eco sin tonalidad.

Fuera de esto, el silencio es completo.

De pronto, desde la oscuridad, irrumpe en la habitación una mariposa nocturna.

Revolotea un par de veces alrededor de la pantalla y choca luego en la porcelana, en donde permanece inmóvil unos segundos, luchando desesperadamente con sus poderosas alas.

La señora Schow se precipita y sus ojos persiguen los movimientos del insecto. De pronto éste alza el vuelo, nuevamente revolotea gozoso debajo del techo... y vuelve hacia la lámpara. Esta vez cae dentro de la pantalla... gira rápidamente y luego se posa, de golpe, sobre la perilla eléctrica. Allí se detiene unos segundos, para luego caer sobre la carpeta de la mesa, en donde permanece sobre el dorso haciendo un ruido monótono y desagradable, como el de una pava de agua que hierve, oída desde lejos.

—¡Oh, no!—exclama la señora Schow—. ¡Esto no se puede tolerar!

El señor Schow, que no ha notado la presencia del insecto, levanta la vista y pregunta:

—¿Qué es lo que no se puede tolerar?

—Ese bicho, allí... ¡Por Dios, échalo!

El señor Schow piensa unos segundos, y contesta:

—Sí, ahora lo echaré.

Su acento es resignado, reflexivo y lleno de buena voluntad.

—¡Hum!—exclama—. Debe de haberse quemado en la lámpara... Es mejor que lo mate del todo...

Dobra el periódico que tiene en la mano y lo alza.

Pero la señora Schow lo detiene con un pequeño grito:

—¡No, no lo mates, por favor!

Su marido no contesta, y, poniendo entonces el periódico al borde de la mesa, se agacha y sopla para hacer caer en él al negro insecto, que parece moribundo.

Pero éste, enderezado con el soplo, se lanza al espacio y revolotea de nuevo por la habitación.

El señor y la señora Schow lo persiguen con los ojos.

Finalmente, la mariposa se detiene sobre una de las paredes.

—Bueno, no estaba muerta ni medio muerta—dice el señor Schow, y se dispone a acomodarse en su silla para seguir la lectura...

En esto, la señora Schow grita, fuera de sí:

—¡Pero yo no puedo sufrir ese bicho! ¡Me vuelvo loca si no lo echas!

Sin levantar la cabeza, su marido le dirige una mirada escrutadora. Y dice buenamente:

—¡Pero si es una mariposa que no muerde!

Sin embargo, se alza y va hacia el sitio donde está el insecto; como no puede alcanzarlo con el periódico, agita éste, y el bicho vuela hacia otro lado de la habitación.

El señor Schow mira a su esposa como si quisiera decirle: «¡No lo podríamos dejar en paz, pobre animalito!» Pero ella tiene en su cara una expresión tal de miedo, que él, sin decir una palabra, se lanza en persecución de la mariposa.

Esta vuela de pared a pared..., sin intención alguna, al parecer, de abandonar la habitación.

Finalmente se ha posado en una altura a la que llega el periódico del señor Schow. Pero, antes que éste dé el golpe, el insecto se oculta rápido detrás de un cuadro.

La señora Schow deja escapar un grito.

—¡Caramba!—dice el señor Schow un poco malhumorado, y toma el cuadro para separarlo un poco de la pared...



Dos personas en una habitación

Por CARL ERIK SOYA

El nombre de Carl Erik Soya ha logrado en el mundo entero una rápida consagración y una popularidad instantánea. Su vigorosa y sorprendente obra teatral «Cuando el diablo mete la cola» lo reveló de pronto a la consideración de la crítica, que lo saludó como a uno de los dramaturgos de más recia personalidad.

Toda la obra de Soya parece saturada de una inquietante preocupación analítica, y el drama que anima su teatro o que cristaliza en sus novelas es el conflicto callado e interior que, oculto a la mirada de los demás, vive y alienta en el seno de las almas aparentemente más tranquilas y vulgares.

Pero si Soya ha logrado transportar a la escena esta difícil materia de su teatro, animándolo con un soplo de vida e intensa dramática, sus cuentos y sus novelas no ceden nada en maestría técnica y en penetrante fuerza analítica a su labor de dramaturgo.

«Dos personas en un cuarto», el cuento de Soya que, como una primicia absoluta, brindamos hoy a nuestros lectores, ha sido traducido especialmente de un conjunto de relatos breves titulado «Personas vulgares», el cuento cuya versión castellana reproducimos hoy fué calurosamente elogiado por toda la Prensa escandinava. Es, en efecto, uno de los trabajos breves más característicos de Soya. El estilo contenido y directo, la acción aparentemente lenta, dejan adivinar con un arte singular el drama íntimo de los dos seres unidos en una pesada y desesperante conjunción. Todo Soya está contenido en esa breve narración, con su técnica de maestro, su poder de analista sutil, y el profundo sentido humano que caracteriza su obra entera.

Un pedazo de cartón que ha estado detrás del cuadro cae al suelo, mientras la mariposa sale volando hacia un rincón del techo.

El señor Schow recoge el cartón. Es la fotografía de un niño de unos seis, siete u ocho años, vestido con traje de marinero.

El señor Schow mira al retrato de ambos lados para ver si hay alguna inscripción, pero nada. En la parte inferior, tan sólo, en el sitio ordinariamente ocupado por la firma y dirección del fotógrafo, el cartón gris ha sido raspado.

El señor Schow examina bien la fotografía. Hay en ella muchos pequeños círculos del tamaño de una arveja... restos de gotitas secas... lágrimas, sin duda alguna. Ha habido alguien, al parecer, que ha llorado sobre ese retrato de niño.

Se dirige a su esposa, que durante esos instantes ha seguido todos sus movimientos, y pregunta, mostrándole el pedazo de cartón:

—¿Es tuyo?

La señora Schow toma el retrato. Lo mira como si nunca lo hubiese visto.

—No—contesta.

—¿Qué raro!... ¿Quién habrá puesto este retrato aquí, detrás del cuadro?...

—De veras, es raro—repite ella, y prosigue después de una pausa:— Puede ser de una de las muchachas. Tal vez sea el hijo de una de ellas.

El señor Schow, sin decir nada, se acerca a la puerta y toca el timbre. Después de un momento se presenta la mucama.

El señor Schow toma el retrato de manos de su esposa, y enseñándole a la muchacha, pregunta:

—¿Es suyo?

—No, señor—contesta la chica sin inmutarse.

—No tenga vergüenza de decirlo, si es suyo—dice el señor Schow en un tono benévolo, como dejando comprender que perdonaría fácilmente.

—No, no es mío, señor—repite la muchacha.

—Bien. ¿Dónde está Ana?

—Está arriba, en su pieza.

—Dígale que tengo que hablarle. Pero no le mencione esto del retrato.

Un momento después entra Ana, la cocinera.

El señor Schow le enseña el retrato y pregunta:

—¿Ha olvidado usted aquí este retrato al hacer la limpieza?

La muchacha observa la fotografía y dice que no con la cabeza.

—No conozco eso, señor.

El señor Schow la mira.

—Bueno, no era otra cosa que deseábamos saber. Como hemos encontrado este retrato que no es de la señora ni mío, queríamos saber quién lo había olvidado aquí.

—Podría ser de una de las muchachas que han tenido antes los señores.

—Sí, tiene razón, Ana. Bien, puede retirarse.

El señor Schow se sienta y continúa observando el retrato.

—¡Hum!—dice pausada y tranquilamente—. Tiene algo de parecido contigo este niño. Hay algo en los ojos y en las mejillas...

La señora Schow irrumpe:

—¿Qué... qué quieres decir con esto?

—¡Dios mío, no te alteres!—dice él—. No quiero decir nada de malo... Pero sucede a menudo que niñas de la llamada «mejor sociedad» tienen hijos sin ser casadas... Del mismo modo podrías tú... antes de habernos encontrado, ¿no?...

Ella se ríe con fuerza.

—¡Estás loco! ¡Ahora, después de casi treinta años de casados, se te ocurren estas cosas!

—Claro—contesta él—, aunque durante una eternidad nos hayamos sentado siempre aquí, en esta misma habitación, puede, sin embargo, haber algo en el fondo de nosotros que no conocemos aún... Piensa, por ejemplo, cuántas mujeres llegan a saber un buen día que sus maridos son ladrones o falsificadores... sin haber sospechado nunca nada malo de ellos... ¿Es decir, que no es tuyo el retrato?

—No—dice ella con desdén.

—Bueno, bueno, cuando tú lo dices, lo creo. Claro que lo creo—Su voz y su mirada tienen algo de malicioso—. Pero ahora esto me ha fastidiado ya bastante y quiero eliminarlo. ¿No te importa que lo quemé?...

Pasa un buen rato antes que ella conteste.

—No, no me importa—dice con una indiferencia que es demasiado exagerada—. Quémalo si quieres.

El señor Schow toma una caja de fósforos del bolsillo, enciende un fósforo, toma el retrato de un ángulo, suspendiéndolo sobre un cenicero... y mira interrogativamente a su esposa.

Pero ella, que ha seguido sus movimientos sin batir los párpados, le hace una señal como queriendo decir: «Quémalo no más.»

El señor Schow pone entonces el fósforo debajo del retrato. Como tarda un poco en encenderse, debe usar un segundo fósforo; pero de pronto se alza una llamarada alta que cubre toda la fotografía.

El fuego da un fulgor raro a los ojos de la señora Schow.

El tira en el cenicero el último pedazo de cartón, y allí se encienden varios fósforos, provocando otra gran llamarada.

De repente se oye un sollozo sofocado. El señor Schow mira a su esposa. Ella ha puesto un brazo sobre la mesa y esconde su cara en llanto, mientras su cuerpo tiembla todo con fuerza.

—¿Es decir, que era tuyo, después de todo?—dice tranquilo.

Ella lo mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No, no era mío! No es mío el retrato. Es uno que yo... que yo encontré una vez en la calle...

—¿Que encontraste en la calle?... ¡Explicáte!

—¡Sí, lo encontré! Tú sabes que yo había deseado siempre tener un hijo... Entonces me traje el retrato a casa, y jugaba a que este niño era mi hijo. Como sabía que tú te reirías de mí y que me tomarías por estúpida, lo escondí siempre... Y no habiendo tenido nunca un escritorio, ni siquiera un cajoncito que fuese para mí sola y que pudiera cerrar con llave, pensé en esconder el retrato allí, detrás de ese cuadro, segura que nunca podrías hallarlo...

Ella se alza.

—Ese insecto odioso que ha entrado aquí vino a alterar mi equilibrio... Ahora me voy a la cama, y no me lames mañana, porque no me levantaré... No me levantaré nunca más...

Y sale de la habitación con el paso marcial de un personaje de teatro...

El señor Schow la mira alejarse, y luego toma en sus manos el teléfono.

—¡Hola!... ¿Con el doctor? Es Schow. Sí, buenas noches, doctor... Mire usted, hay algo malo de nuevo con mi esposa; así que le ruego quiera venir mañana. Sí, es absolutamente lo mismo como empezó las otras veces, cuando hubo que llevarla al sanatorio (manicomio). Sí, gracias, ¡adiós, doctor!

El señor Schow deja el teléfono... Toma el periódico, pero no lee.

Sus ojos azules, con los abultamientos triangulares, miran a lo lejos pensativos y pesados...

Y desde un rincón de la habitación se levanta una mariposa nocturna y vuela hacia afuera en la oscuridad de la noche...

Cine

WILLY FORST,

Por
GABRIEL
GARCIA
ESPINA



admirable figura cinematográfica, bajo sus dos aspectos de actor y director, caracterizado para su última interpretación en "María Luisa de Austria", película de próximo estreno en Madrid. De Willy Forst publicamos en esta misma página unas interesantes manifestaciones.

Willy Forst, dice...

Cuando Willy Forst no era todavía director de películas, dijo una vez, desde su punto de vista de actor solamente, que «no se podía filmar más que con amigos». Y añadió lo que sigue:

«Desde luego, el trabajo, de cualquier clase que sea, depende mucho de la armonía que reine entre los que en él colaboren. El que las relaciones mutuas sean gratas o no tiene una gran influencia sobre el resultado final de la obra. Estas características se acentúan en un oficio como el cinematográfico, en el que, a la fuerza, han de colaborar estrechamente unidas tantas gentes dispares. Se trata de un empeño para el que no bastan la ambición y la sabiduría, si no se les añade un tercer matiz de íntima alegría y buen humor.

»Cuántas películas fracasan que tenían, al parecer, todo lo necesario para lograr un buen éxito: bello argumento, actores de primer orden, un buen director, lujoso atuendo...! Sin embargo, el secreto de su fracaso es bien sencillo: les falta esa atmósfera indefinida y esa soltura cordial que son el resultado de un trabajo común y armónico.

»Siento lástima para esos actores que van a los estudios sin conocer a sus compañeros y, a menudo, sin saber el papel que van a interpretar. Porque en esos conjuntos forzados, cuando se empieza a vencer el sentimiento de soledad y extrañeza y se establece el contacto espiritual entre los colaboradores—si es que llega a establecerse—, la película suele estar casi terminada.

»Yo, personalmente, no puedo trabajar con personas a las cuales no esté ligado por una viva y sincera simpatía. Si no tengo el pleno convencimiento de que los que laboran a mi

alrededor me comprenden y se someten gustosos a mis indicaciones, convencidos de que debe ser así, mi obra no será lo que debiera haber sido. Mis actuaciones, entonces, adquieren una inevitable rigidez, la expresión mímica falla y las inflexiones de la voz suenan vacías, sin gracia. Hasta que suele apoderarse del actor ese tan temible «crac» imposible de vencer.»

Todo lo que dice este ilustre artista como actor puede aplicarse, con mayor razón acaso, a sus funciones como realizador. Buena prueba de ello son sus películas «Vuelan mis canciones» y, sobre todo, «Mascarada».

Willy Forst, que nació en Viena, debutó muy joven en el teatro. En 1922 trabajó por primera vez para el cine, pero se hizo actor más tarde, en Berlín. Allí es donde recibió los impulsos artísticos más fuertes para su carrera, y que, con el tiempo, le llevaron, después de un formidable dominio de sí mismo, al admirable puesto que hoy ocupa en el campo cinematográfico.

Más noticias sobre el próximo film de Charlie Chaplin

La nueva película de Charlie Chaplin, de la que nos hemos ocupado en esta página, empezó a filmarse a principios del mes de septiembre; y desde entonces hasta ahora se han empleado en ella dos veces más cantidad de celuloide que para la impresión total de una película corriente. Esto no es extraño tratándose de un film de Chaplin. Se ha comprobado que en «Luces de la ciudad» sólo se utilizó un metro de cinta por cada veinticinco metros impresionados.

A pesar del secreto riguroso y de las dificultades que hay que vencer para penetrar en los estudios de mister Chaplin, se sabe que el hombre trabaja a su capricho y que nunca se em-

pieza a rodar hasta bien entrada la tarde. A veces trabaja toda la noche, dirigiendo y ensayando con una rapidez extraordinaria, para volver a comenzar si lo filmado no es de su gusto. Le cuesta empezar, pero una vez lanzado es infatigable, y no hay forma de hacerle tomar unos momentos de descanso.

La película se desarrolla en los alrededores de una fábrica, en una cárcel y en un faro—este último se ha de edificar aún, a cinco millas de los Angeles—. Corren rumores de que Chaplin hablará en este film por primera vez para la pantalla, pero parece que toda la palabrería del genio se reducirá a un lenguaje limitado de sílabas simples y modulaciones bucales.

"El lirio dorado"

Dicen que este es uno de los mejores films que se han realizado hasta ahora en el transcurso de 1935. Claudette Colbert actúa en el papel principal. Recuerda aquel magnífico *Sucedió una noche*, y está lleno de hallazgos originales y momentos deliciosos. *El lirio dorado*, película sin pretensiones iniciales, se eleva al rango de una de las más sobrias y agradables producciones americanas. Fred Mac Murray, que hace su debut con esta película, promete ser un nuevo Clark Gable, y Ray Milland secunda muy bien a sus compañeros. Claudette Colbert supera ventajosamente en esta obra a sus producciones anteriores *Cleopatra* y *Sucedió una noche*.

Lo que se filma actualmente en Hollywood

Lo que se filma actualmente en Hollywood.

El Infierno, de Dante—realización de Harry Lachman—, y la segunda edición de *Los escándalos de George White*, en la Fox.

Reckless, con Jean Halorw, William Powell y Franchot Tone; *Naughty Marietta*, con Jeanette Mac Donald, y *Las vampiros de Praga*, en Metro-Goldwyn-Mayer.

Ahora soy una señora, con Mae West, y *Dos personas sobre una torre*, film de Lewis Milestone, cuya acción tiene lugar en la Torre Eiffel, en Paramount.

Becky Sharp y *Roberta*, en la R. K. O.

Folies-Bergère, *Call of the Wild* y *Los Miserables*, en el Siglo XX.

El sueño de una noche de verano y *Caliente*, en la Warner-Bros.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Caravana*.—Versión francesa, realizada en Norteamérica, que llega a nuestras pantallas precedida de una caudalosa propaganda. Acaso por esto mismo nos sentimos un poco defraudados ante el resultado total del film.

BUSTER KEATON



en un momento del film "El Rey de los Campos Elíseos", actualmente en curso de exhibición.

CAPITOL PRESENTA A

YVONNE PRINTEMPS
CON PIERRE FRESNAY

en la versión sonora de la más famosa,
popular y emotiva novela de amor

La Dama de las Camelias



según la obra de A. Dumas (hijo), realizada por
F. RIVERS, bajo la supervisión de ABEL GANCE

(La extensión de este film obliga a recomendar la puntual asistencia del público.)

Y otro poco mareados por la avalancha de incongruencias argumentales que se nos cayeron encima. Bien es verdad que se trata de una opereta, donde todo está permitido, pero hasta cierto punto. Erick Charrell es el realizador, no muy afortunado en este caso. Y Charles Boyer y Conchita Montenegro, los excelentes intérpretes.

⊕ *El Gavilán*.—Charles Boyer también en esta película. Por gracia del cine parlante, este caballero puede actuar al mismo tiempo en dos escenarios distintos y próximos. En este caso parece que no ha tenido mucha suerte en ninguna de las dos obras. Y no por su culpa. «El gavilán» que nos ocupa ha resultado un film largo, complejo y lento. Mediano en conjunto y mejor en su segunda mitad que en la primera. Acompañan a Boyer en el reparto George Grossmith y Natalia Paley.

○ *Carolina*.—Carolina del Sur, uno de los estados de la Unión y el que más individuos de raza negra sostiene. Más celuloide a propósito de la guerra de secesión, fuente inagotable de materia cinematográfica para California. Buena película ésta, aunque sin valores excepcionales. Poco añade este film al relativo prestigio de Janet Gaynor, dulcemente amanerada, como casi siempre. Muy bien Lionel Barrymore. Lo mejor, unos coros de negros, admirables de conjunto y de emoción.

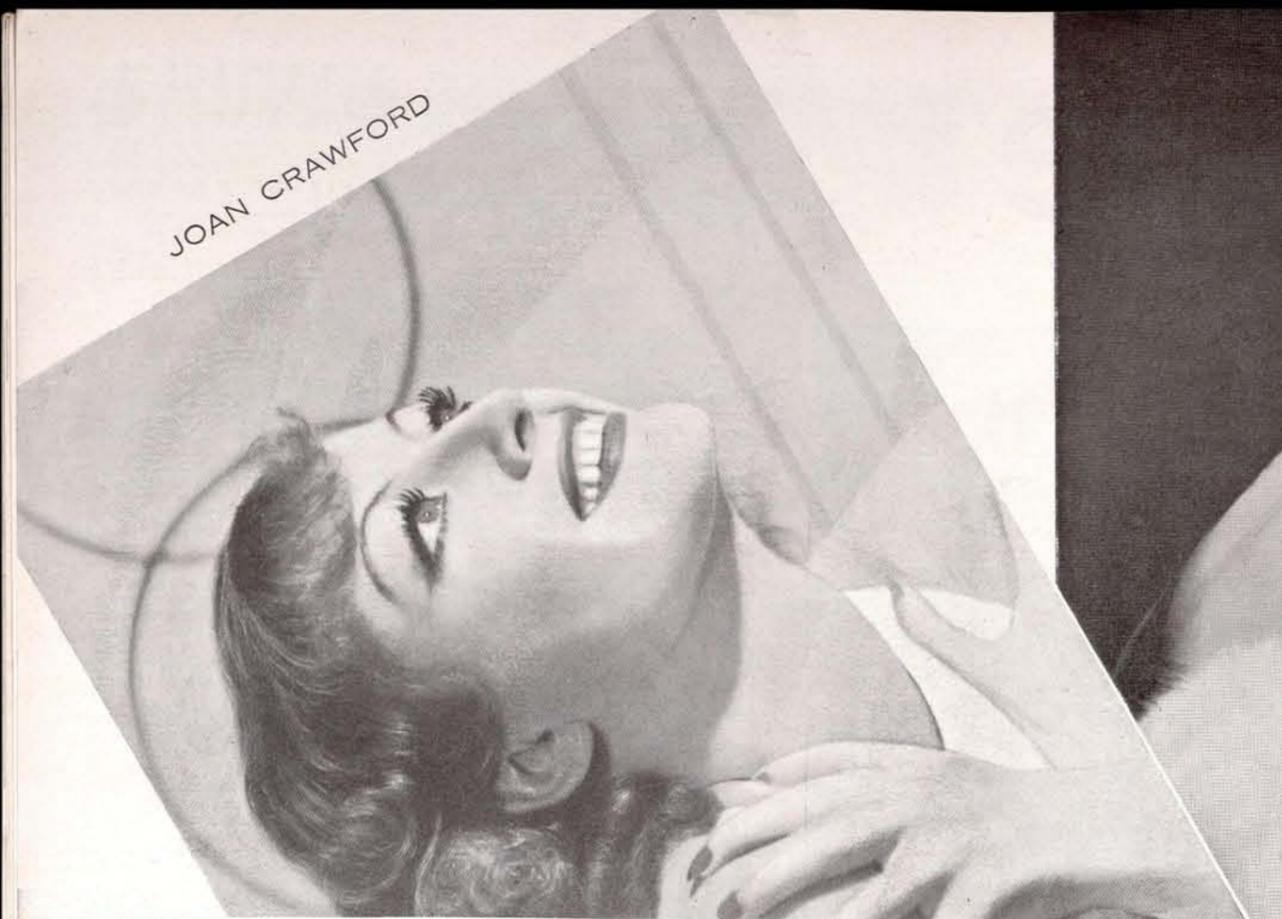
⊕ *Puesta de sol*.—Película mediocre, realizada sobre una obra de Pierre Wolff. Algún buen matiz fotográfico de exteriores y ciertos excelentes logros constructivos en el estudio no alcanzan a levantar el velo, monotonamente gris, que apaga todo el desarrollo del film. Exceso de primeros planos y de teatralidad. Alice Field, muy bella, tiene a su cargo el principal cometido, con bastante fortuna por su parte.

○ *La patrulla perdida*.—El mejor film de la semana. La experta mano de John Ford ha hecho aquí buen cine, al aire libre y al sol. El sol es, acaso, el único personaje del film que no abandona un momento la escena. Ningún rostro femenino aparece en el lienzo. Nada circunstancial ni adjetivo viene a perturbar el proceso tremendo del drama. La luz, el sonido y la interpretación son una triple maravilla de aciertos. Víctor Mac Laglen, espléndido de facultades mimicas y de brío. Sólo Boris Karloff, el popular engendro, aulla como en sus mejores días y desentona lamentablemente del resto de sus compañeros. Gran film, en suma, que por sus especiales características de crudeza dramática y parquedad de expresión, no ha sido muy bien asimilado por el público.

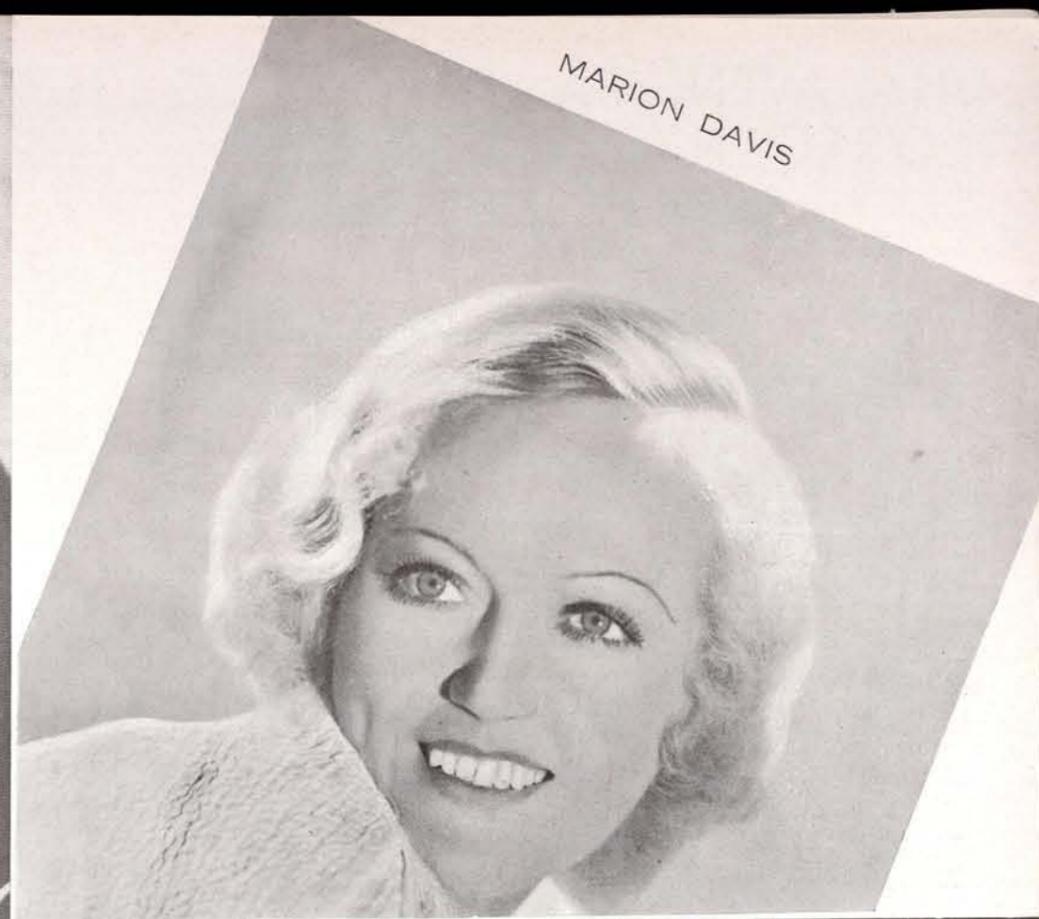
⊕ *Fanatismo*.—Pola Negri, al frente de un film, es todo un admirable vivero de recuerdos. Aquí la tenemos otra vez, joven y bella como nunca, y actriz peculiarísima como siempre. La película, con ser bastante buena—más de lo que esperábamos—, es lo de menos. Lo esencial está en la presencia de la veterana estrella, ágil y dinámica—bailarina y cantante—, que nos ha remozado viejos recuerdos, de otro modo escondidos para siempre.

⊕ *Neblina*.—Buen título cinematográfico. Corto y sugerente. En efecto, este nuevo lío policiaco-criminal está localizado en un buque que marcha entre la niebla. Allí ocurren cosas esas cosas misteriosas que ustedes se imaginan y otras que acaso no se imaginen. Muertes violentas, sospechas recayendo sobre patibularios sujetos que luego resultan mansísimos corderos. Todo el proceso, en fin, de este género cinematográfico tan cultivado en esta temporada. Donald Cook y Mary Brian tienen a su cargo los principales papeles. ¡Lástima que Reginald Denny haya pasado en el cine a lugares secundarios, no sabemos por qué! El film es entretenido... y regular.

JOAN CRAWFORD



MARION DAVIS



NORMA SHEARER

BELLEZAS DEL CINE



GRETA GARBO



BRIGITTE HELM

LUPE VELEZ



UNA AVENTURA ORIGINAL

Por PEDRO PATTI

UNA FIRMA ARGENTINA

—¿Pero quieres explicarme qué tiene Zoraida para entusiasmar a los hombres en esa forma?

—Eso es lo que me pregunto, Dora—replicó María Elena—. Había que verla ayer en el Círculo: los hombres la tenían sitiada.

—Sin embargo, es pecosa—continuó Dora.

—Parecían derretirse por una sonrisa de ella.

—Ni siquiera con los afeites consigue disimular las «patas de gallo».

—Y hoy, en el Colón, durante los entreactos de la vespertina, paseaba acompañada por dos jóvenes de Córdoba que están de paso por Buenos Aires.

—No sabe vestir.

—Uno de ellos era muy simpático.

—Además, se tinte el cabello para parecerse a la Rubia Platinada.

—Y debía ser muy ocurrente, porque ella sonreía feliz cuando él hablaba.

—¿Notaste, María Elena, que Zoraida tiene las piernas torcidas?

—A propósito de piernas, Dora. Quitate las medias, que me vas a posar. Necesito hacer cinco croquis de pie y tres de los músculos de la rodilla.

—¿También esta noche?—protestó Dora—. Ayer me has tenido como un muñeco hasta la madrugada.

—Vamos, Dorita; tú sabes muy bien que dentro de unos días tengo examen y necesito presentar un número determinado de trabajos. Las chicas de la Academia están que tiemblan, porque parece que este año el director va a ser más exigente que el ministro de Hacienda. Además, podemos seguir charlando mientras tú posas y yo dibujo.

Dora se quitó zapatos y medias, y sus labios dejaron escapar una nueva e inútil protesta, al tiempo que María Elena se ponía el delantal de seda cruda.

—Levántate un poco la falda y déjame ver el juego de la rótula. No, así no: inclina un poco la pierna hacia la derecha... un poquito más. Así mismo; no te muevas. Aquí está la tibia anterior, de aquí arranca el peroné lateral; hasta aquí llega el tendón inferior del cuádriceps crural, que viene del muslo. Hasta aquí llega...

—La boca...—interrumpió Dora, pensativa.

—¿Qué dices?

—Digo que la boca de Zoraida es más monumental que la de Antonia Mercé. En fin: nuestra querida amiga es el conjunto más perfecto de defectos, y, sin embargo, los hombres giran a su alrededor como mosquitos atraídos por un foco en una noche de verano. ¿Por qué los hombres son tan ilógicos?

—Ahora exageras, criatura. Si no es hermosa en el estricto sentido de la palabra, Zoraida es simpática, inteligente y leal. Por otra parte, no olvides que tiene treinta años, es decir, que ya ha pasado el período crítico de la preponderancia del corazón en la vida. A los treinta años la mujer cuenta con un aliado poderosísimo: el cerebro.

—Peor todavía. ¿Quieres decir que Zoraida es una cerebral, o una materialista, o, quizá, una calculadora por antonomasia?

—No quisiera decir eso. Treinta años significan para la mujer la bella edad del equilibrio: corazón y cerebro. Los impulsos del primero son controlados por el segundo; el predominio de la voluntad se impone a los sentimientos, y es entonces cuando la mujer se siente más segura, absolutamente dueña de sí misma. Pero no te muevas, que me cambias la pose... A ver: el vasto interno llega hasta aquí, junto a la rótula; el bíceps crural, que viene de atrás...

Se oyeron unos golpes en la puerta, y luego la mucama que anunciaba:

—Señorita, la llaman por teléfono.

—¿Quién?—preguntó María Elena interrumpiendo el trazado de líneas.

—Un joven. Dice que usted no le conoce.

—¿Que no lo conozco y, no obstante, quiere hablar conmigo?—repitió, sorprendida, la joven—. Dígame que no estoy.

Cuando la sirvienta se disponía a cumplir la orden, Dora intervino, intrigada.

—¿Quién será, María Elena? Si sabe tu nombre, debe conocerlo, por lo menos, tiene noticias de que existes. ¿Por qué no le atiendes?

María Elena apartó el tablero; bajó lentamente la escalera que comunicaba con la planta baja, al tiempo que trataba de adivinar o recordar quién podía llamarla cuando sólo faltaban pocos minutos para las veintidós. Al llegar al hall, se detuvo frente al espejo; se arregló rápidamente las ondas, se ajustó el cinturón, y un instante después llegaba a la mesa del rincón donde estaba el teléfono.

—¿Con la señorita María Elena Castaño?—preguntó el desconocido.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Señorita, permítame momentáneamente que mi nombre permanezca en el misterio. Esta ventajita contribuirá a que me exprese serenamente, sin turbación.

—Bien: ¿qué desea entonces?

—Decirme que me siento el más dichoso de los hombres.

—Felicitaciones. ¿Y a qué viene esta confesión?

—Porque hoy he vislumbrado la felicidad; estuve a un paso de ella, y en estos instantes trato de darle alcance.

—Es absurdo...

—¿Es absurdo tratar de ser feliz?—interrumpió el desconocido.

—No, es humano. Pero es absurdo lo que está diciendo. ¿Por qué me lo dice a mí precisamente?

—Porque estoy enamorado de usted.

—Señor, usted está...

—No, no lo diga, por favor. No soy lo que usted piensa. Es probable que las circunstancias me hagan aparecer como excéntrico. Pero escúcheme, por favor. Le hablaré como si me confesara a mi propia madre. Hoy, cuando la vi...

—¿Que usted me vió?—exclamó la joven, pasando de la sorpresa al estupor.

—Sí, en el Teatro Colón.

—Evidentemente, hoy estuve en el Colón.

—Sentí que mi vida perdía su ritmo normal, que la indiferencia cedía a una ansiedad nueva. Fué como si despertara de un letargo.

—Vaya un milagro.

—No es un milagro. A través de sus ojos vislumbré un mundo maravilloso, nunca soñado. Al verla, todo desapareció a mi alrededor; anulé la multitud que nos rodeaba; tuve la impresión de que los músicos ejecutaban con sordina y que los personajes de *La leyenda del Urutaú* no eran más que sombras que se movían fugazmente en el escenario. Pero se me ocurre que está usted desconcertada.

—Sí; no es para menos. No obstante, voy reaccionando. Ahora trato de comprender.

—No le será difícil. Verla y amarla ha sido una sola cosa.

—Más que una confesión amorosa, la suya parece una declaración largamente estudiada, quizá cien veces repetida a otras tantas mujeres.

—Se engaña. Durante las noches de estéril esperanza he



—Sí. ¿Con quién hablo?

visto esta escena con una nitidez extraordinaria: el encuentro con la mujer amada.

—¿No cree que está magnificando?

—No.

—Entonces, ¿no está mintiendo?

—Aún no.

—¿Qué?

—¿A qué viene esa sorpresa? Preguntó si mentía; respondió la verdad. Aún no he mentado, porque hasta ahora sólo hablé el corazón. Y el corazón es muy tonto para mentir: se vende al instante.

—Es verdad. El corazón es extremadamente impresionable, y, a menudo, los grandes gestos, las resoluciones más trascendentales que provoca dependen de un hecho nimio, de una circunstancia trivial... como es la de un encuentro.

—Por regla general, el encuentro suele ser la salvación del naufrago en la inmensidad del océano. Hasta hace unas horas yo era un naufrago que se dejaba arrastrar insensiblemente por una existencia mediocre, horriblemente monótona. En estos momentos estoy haciendo esfuerzos inauditos para aferrarme a la tabla que flota casi al alcance de mi mano. Los obstáculos a vencer son muchos. Pero si fracaso, si el amor huye de mí...

El desconocido calló. Las últimas sílabas habían sido pronunciadas lentamente, con una amargura tan grande, que María Elena sintió como si un nudo le impidiera articular palabra. Es que una emoción nueva, suave al principio, pero turbulenta y avasalladora después, acariciaba y estrujaba a un tiempo el corazón de la desconcertada mujer.

—¿Y si el amor huye de usted?—preguntó María Elena con un murmullo.

—Volveré a hundirme en el letargo de antes, a vivir sin saber dónde voy ni qué meta me propongo.

—Habra usted como si me conociera profundamente.

—Repito que verla y amarla fué una sola cosa. Además, el destino ha sido gentil conmigo.

—No lo dudo, puesto que conoce mi nombre, mi apellido.

—En efecto. ¿Recuerda el gentío que había esta tarde frente a la boletería del teatro?

—Sí.

—Cuando usted llegó, me aparté, cediéndole la ventanilla. Fué el primer encuentro; vestía con elegancia exquisita; sus cabellos renegridos y sedosos soportaban a duras penas la presión de la boina negligentemente inclinada; los hoyuelos de

sus mejillas eran el complemento maravilloso de sus labios; la línea redonda y mórbida de su garganta la hacía irresistiblemente seductora. Y conste que no hablo de sus manos blancísimas, de sus uñas almendradas y brillantes, y que nada digo de su voz dulce y armoniosa. Aún lo recuerdo: a la pregunta del empleado, usted respondió: «Por favor, las entradas que han reservado para la familia de Castaño.» «Aquí las tiene, señorita. Dos plateas, fila cinco.» Cuando me tocó el turno, pedía una localidad junto a las que usted llevó. Como en la fila cinco no quedaba una sola butaca, me dieron fila seis, precisamente detrás de usted.

Se produjo una breve pausa, que fué interrumpida por María Elena.

—Y bien, señor. Supongo que no se habrá marchado después de conseguir la localidad.

—Al contrario, señorita. Me senté, haciendo absoluta abstracción de todo lo que me rodeaba. Mientras mis ojos no se apartaban de usted y la joven que la acompañaba, y que supongo se trata de una hermanita suya, mis oídos no perdían una sola sílaba de lo que decían sus labios.

—¿Conque nos estuvo escuchando toda la tarde?

—Sí; y, como toda mujer, comenzaron ustedes haciendo la crítica de sus vecinas. También observé que les llamó poderosamente la atención una dama que había en el palco de la derecha, acompañada por una anciana y dos jóvenes.

—Se trataba de una amiguita nuestra.

—Lo supuse, porque, mientras su hermanita la criticaba sin compasión alguna, usted la justificaba bondadosamente, casi con ternura. Luego hizo usted una crítica absolutamente acertada de las decoraciones, de la partitura, del libreto y hasta de la duración agotadora de la ópera. En cierto momento oí a la joven que estaba a su lado llamarla *María Elena*.

—Evidentemente, el destino ha sido magnánimo con usted. ¿Y cómo se las arregló para dar conmigo?

—Como conocía su nombre y apellido, la guía telefónica hizo lo demás. Claro está que en la guía figuran como cincuenta familias de Castaño. Me armé de paciencia, y empecé a llamar desde la primera. Después de tres cuartos de hora de hacer girar el disco, di con usted.

—Después de lo que acaba de decirme, debo admitir que el efecto que le produje fué sinceramente impresionante. Deplo-ro no haber notado su presencia. Pudo hablarnos, acercarse...

—Tuve intención de hacerlo, pero temí serles inoportuno.

—Es verdad.

—¿Hubiera querido conocerme?

—No sé decirle. Depende de las circunstancias. Cuando me anunciaron que un desconocido quería hablarme, ordené que cortaran la comunicación, mientras que ahora...

—Ahora ¿qué?

—Llevo más de veinte minutos escuchándolo.

—¿Entonces cuál es su diagnóstico?

—Reservado.

—Lo que quiere decir que me permitirá verla mañana.

—No he dicho tal cosa.

—Pero yo lo sugiero.

—Lo siento: mañana estaré ocupada toda la tarde.

—Comprendo. Su interés por el desconocido decrece rápidamente.

—Ahora va usted muy de prisa. No hay tal pérdida de interés.

—Deme una prueba de ello.

—Le permito que me llame mañana a esta misma hora.

—Ahora soy yo quien lamenta no poder complacerla.

—¿Por qué?

—Porque la veré mañana a las dos de la tarde.

—Imposible.

—Repito que será mañana a las catorce en punto. ¡Hasta mañana, señorita!

—¿Hola... hola!... Pero ¿quién es usted?... Mañana es imposible, porque...

María Elena agitó la horquilla inútilmente: el desconocido había colgado el auricular.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Dora, al ver llegar a María Elena pálida y agitada—. ¿Estás furiosa?

—Y no es para menos. ¡Acabo de hablar con un lunático!

—¿Con un lunático? ¿Por qué?

—Imagínate que ayer, en el Teatro Colón...

Mientras María Elena repetía detalladamente la intempestiva declaración del desconocido, Dora escuchaba estupefacta e incrédula.

—¿Y le llamas lunático porque ha confesado que te ama y estuvo llamando a todos los Castaños de Buenos Aires antes de dar contigo?—interrumpió Dora, sin comprender la actitud de su hermana—. Francamente, las mujeres somos incomprendibles. Antes de llamar ese desconocido, criticábamos a Zoraida porque tiene dos admiradores que no la dejan ni a sol ni a sombra, mientras que nadie se fijaba en nosotras. De improviso suena el teléfono; un príncipe azul confiesa que está loco de amor por ti al punto de que conoce la forma de las uñas de tus manos y que...

—Un momento, Dora, déjame terminar. A los pocos minutos de escucharlo, comprendí que se trata de un caballero, de un hombre culto. Había estado contemplándonos toda la tarde; pudo aproximarse y hablarnos con una excusa cualquiera. Sin embargo, no lo hizo por temor a mortificarnos. No cabe duda que es un espíritu delicado.

—Pero, entonces, ¿por qué le diste calabazas?

—No le di calabazas. Cuando llegamos al punto culminante de nuestra charla, preguntó si podía verme. Le permití que volviera a llamarme.

—Espléndido. Lo que no comprendo es por qué lo clasificaste de lunático.

—Porque se empeñó en verme mañana, a las dos de la tarde... y a esa hora estoy en la Academia. Le advertí que era imposible.

—Y él ¿qué dijo?

—Colgó el tubo sin siquiera decirme quién era. ¿Y qué opinas ahora?

—Que continuemos con el tibial anterior, que va al tobillo, y con el serrato, que cruza el externo cleidomastoideo, que viene... ¿De dónde viene el cleidomastoideo, María Elena?

Pero, en lugar de festejar la ocurrencia de su hermana, María Elena se mordió los labios para ahogar las lágrimas que intentaban asomar a sus ojos.

Cuando faltaban pocos minutos para las trece, en la Academia de Bellas Artes comenzó el espectáculo inusitado y multicolor de todos los días. Las que llegaban se agregaban a los grupos de chicas que paseaban por el patio y corredores, comentando los pormenores del Salón o criticando la exposición de Picasso o la última película del flemático William Powell y la extravagante Mirna Loy. Otras entraban directamente a las aulas, dejaban la valija y salían al minuto para besar a la amiguita de la clase contigua, o bien bajaban a la catacumba—como llaman las del primer año a la lúgubre planta baja de la Academia—para saludar a la camarada que estaba en *arquitectura* o modelando en un rincón que, durante el invierno, resultaba poco menos que una sala de tortura.

Cuando la fuerza del tiempo impuso un breve paréntesis a la charla, comenzó el desbande, y, poco después, patio y corredores quedaban desiertos.

De improviso se oyó una estrepitosa exclamación que partía de cuarto año. María Elena acababa de entrar en el aula. La hermosura pálida y suave de su rostro contrastaba notablemente con los cabellos de ébano, recogidos bajo la boina negra, deliciosamente inclinada a un costado, mientras que la falda negra respunteada y haciendo juego con la parte delantera, también respunteada, de la chaqueta negra y la blusa blanca de seda, hacían resaltar las formas perfectas de su cuerpo juvenil.

—¡Chicas, María Elena trae un traje nuevo!—fué el grito de alarma de la que estaba sentada en el primer banco, casi junto a la puerta de entrada.

—¡Oh, que me lo deje tocar!—exclamó una rubia, poniéndose de pie.

—¡Qué bien te queda, María Elena!—agregó una tercera, aproximándose.

Un instante después, el aula de cuarto año se convertía en una sala de apelaciones.

—¡El profesor!!

Las dos palabras, proferidas inopinadamente por la misma chica que anunciara la llegada de María Elena, fué de efectos mágicos: todas corrieron a sus puestos, apoyaron los tableros a las barandas de hierro y el silencio fué entonces más solemne que el de una catedral a medianoche.

Al tiempo que un general «¡Buenas tardes, señor!» acogía la llegada del profesor, María Elena colgó la chaqueta y la boina en una percha, y luego se colocó en el primer banco, a la izquierda.

—Señoritas, aquí tienen un modelo magnífico—explicó el profesor—. Las que quieran, hagan el torso, si no pueden concretarse a un fragmento cualquiera. Ese brazo, por ejemplo, es perfecto. Observen el juego de músculos de este hombro; vean cómo se nota la apófisis coracoides y el ligamento acromio-coracoides, el músculo subescapular... En fin, señoritas, hagan lo mejor que les parezca, pero trabajen a conciencia. Nada de medias tintas ni líneas esfumadas, sino trazos vigorosos, seguros. Planten el modelo, estudien los ángulos. No olviden que todas las figuras pueden resolverse con cubos... y que cuando se trabaja no se charla.

Pero apenas el profesor se hubo marchado, comenzaron los murmullos.

—¿Y ese modelo?—preguntó María Elena, volviéndose a la joven que estaba a su lado.

—No sé; es la primera vez que lo veo. Francamente, tiene un cuerpo magnífico. Nunca había visto otro igual.

—Cierto, y fijate qué tipo raro tiene. El pecho, recio y amplísimo; los brazos, finos y poderosos a la vez; las piernas son de una perfección absoluta. Pero cómo se mueve.

—Se me ocurre que está nervioso. El delicado matiz de su cuerpo...

—¿No te recuerda al Discóbolo?—preguntó María Elena.

—Precisamente al Discóbolo, no, sino a algo más moderno: Tarzán.

—Francamente, ése sería un pretendiente ideal, simple, sin complicaciones. Por lo menos, no la llamaría a una a las diez de la noche.

—¿Qué dices, María Elena?

—Estoy recordando lo que me sucedió anoche. Imagínate que un desconocido estuvo cortejándome por teléfono durante más de una hora. Pero ¿qué tiene el modelo que se mueve tanto?

—No sé. Deja al modelo en paz y cuenta lo de anoche.

—Calcula cuál sería mi sorpresa cuando, al tomar el tubo, oigo la voz de un hombre que me dice de buenas a primeras que está enamorado de mí, que yo soy su tabla de salvación en medio de no sé qué cosa.

—¿Qué interesante!

—Dí mejor qué ridículo.

—Sin embargo, un hombre que ama jamás es ridículo.

—Desde luego que no—repuso María Elena—. Pero el de anoche lo era. Imagínate que se empeñó en verme esta tarde.

—Pero la tarde es larga. Quizá cuando salgas...

—No, Doroty. Me aseguró que, costara lo que costara, me vería hoy a las dos. ¡Y como salimos de la Academia a las cuatro!...

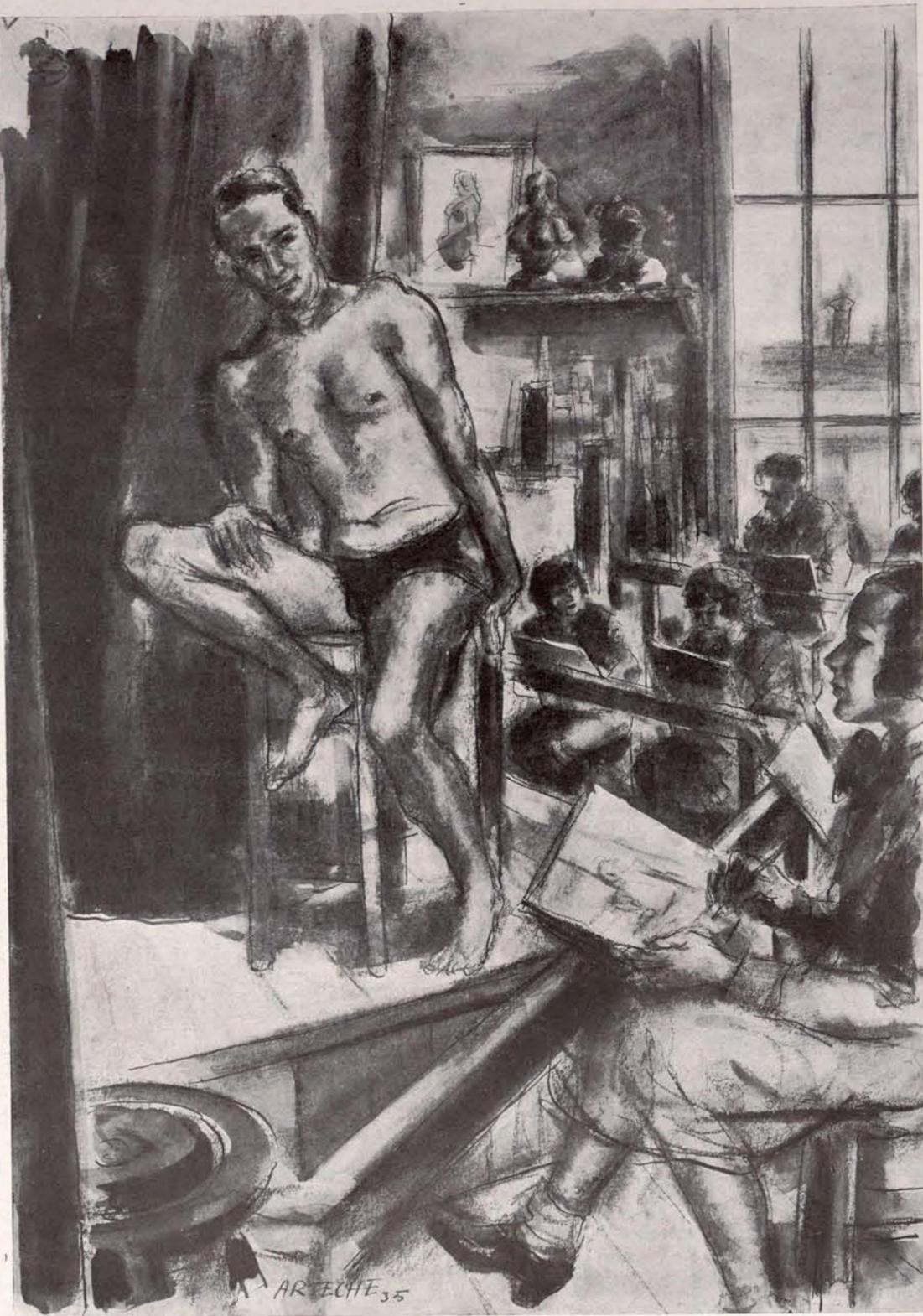
—Le hubieras dicho que era imposible a esa hora.

—Cortó la comunicación cuando iba a decirselo.

—¡Ah!, ¿conque se lo ibas a decir? Por lo tanto, no te resultó tan ridículo como asegurabas.

—Te diré. Al principio no quise escucharlo, porque temí una broma de mal gusto; pero luego, cuando hubo explicado cómo y dónde me conoció, los motivos que le impulsaron a llamarme... ¿sabes?...

—Ya lo creo; conozco el proceso. Entonces la indiferencia cedió al interés, el interés se transformó en emoción, y es factible que a estas horas la emoción se haya convertido en



—¿Y ese modelo?—preguntó María Elena, volviéndose a la joven que estaba a su lado.

profunda ansiedad, ansiedad de escucharlo nuevamente, de verlo si fuera posible. ¿No es eso, María Elena?

—No sé, no sé. Lo cierto es que estoy disgustada conmigo misma por haberle escuchado. Ya es hora.

En efecto, en ese instante el diálogo fué interrumpido por el repiqueteo estridente de un timbre.

—Las dos de la tarde. Descanso—exclamó Doroty—. ¿Por dónde andará tu misterioso adorador a estas horas?

En lugar de responder, María Elena abrió la valija y sacó carbonilla y miga, mientras las demás abandonaban la clase entre risas y charlas.

—¿No sales, María Elena?—preguntó la confidente, disponiéndose a imitar a sus compañeras.

—No. Me quedo para terminar estos croquis. Quiero presentarlos hoy mismo.

—Hasta luego, entonces.

Poco después, María Elena quedaba sola en la clase, corrigiendo sus bocetos. Pero, por más que tratara de concentrarse en los dibujos, su mente volaba lejos, absorbida por el poderoso recuerdo del misterioso personaje que la noche anterior había sabido dar, tan dulce como inesperadamente, con el camino de su corazón. Sin advertirlo siquiera, sus labios dejaron escapar un profundo suspiro. Fué entonces cuando, en el relativo silencio de la clase, resonaron dos nombres de mujer.

—¿María Elena!

Al reconocer aquella voz, la joven se llevó las manos al pecho, como tratando de contener los precipitados latidos del corazón.

Casi junto a ella, a menos de tres pasos de distancia, sentado en el borde de un cubo que había sobre la tarima, el modelo la observaba con ojos suplicantes.

—¡Usted!—articuló, finalmente, María Elena.

—Sí, yo. Quería verla, necesitaba contemplarla de cerca... y entonces eché mano a esta estratagema. Afortunadamente, el horrible tormento que acabo de sufrir es mitigado con creces por este instante.

—¿Tormento?

—Jamás he sufrido tanto como los minutos que acabo de vivir, inmóvil como si fuera de mármol, frente a todas ustedes, soportando la mirada de una multitud de ojos femeninos.

—¿Vale decir que se trata de una simple aventura?

—Eso es. Una dolorosa aventura, que volveré a repetir, a menos que usted...

—¿Qué?—preguntó ella, mirándolo fijamente.

—A menos que me permita verla.

—Lo pensaré.

—Imposible. Debe decirlo ahora mismo. Me he convertido en un modelo de ocasión por conseguir esta oportunidad. Por otra parte, usted conoce el proceso: la indiferencia cedió al interés, el interés se transformó en emoción y la emoción se ha convertido en ansiedad. Ya ve, María Elena, lo he oído todo. Y si experimentamos una mutua atracción, ¿por qué mendigarnos entonces un poco de amor? ¿O es que tendré que volver a posar para verla?

—No.

—¿Entonces?

—El domingo volveré al mismo lugar donde usted me conoció. Tendré sumo placer en presentarlo a mi madre y en que se siente a mi lado.

—Gracias, María Elena. Y ahora permítame que me presente: Alejandro Salazar, a los pies de la criatura más bella del mundo.

—¿Salazar? ¿Por ventura es usted hijo del cirujano Salazar?

—Acertó usted.

—¿Qué dirá su padre si se entera de esta escapada suya por los dominios del arte?

—Absolutamente nada, puesto que he adoptado su sistema: a grandes males, grandes remedios.

—Es una excusa aceptable. ¿Y cómo supo usted que yo frecuentaba la Academia?

—Lo deduje por la crítica que ayer hizo de los decorados de *La Leyenda del Urutaiú*. Esta noche llamaré por teléfono y le contaré lo demás.

—Convencido—aprobó María Elena, al tiempo que estrechaba la mano que le presentaba Alejandro—. Y ahora a trabajar, como si no nos hubiéramos visto.

Se oyó nuevamente el repiqueteo del timbre anunciando el comienzo de la segunda obra.